BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO ROJO

MUERASE, Y EL RESTO ES «COSA NOSTRA»

Keith Luger

COLECCION

PUNTO ROJO

KEITH LUGER

MUERASE, Y EL RESTO ES «COSANOSTRA»

Colección **PUNTO ROJO** n.º 846
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X
Dépósito legal: B 13.868 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: julio, 1978

© Keitrh Luger - 1968

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Billy *el Melenas.*

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.454 — La muerte de Sandra.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

657 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

842 — Cuatro mujeres justas.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby *el Llorón.*

En Colección ASES DEL OESTE:

1.000 — Once millones y una mujer.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

444 — Una vida prestada.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

Oscar Ketchum era el propietario de la empresa de pompas fúnebres El Valle de Josafat, en Los Ángeles, California.

Su negocio era próspero porque era un hombre simpático, amable, entregado a su trabajo.

Había cumplido ya los sesenta años y sus clientes eran también viejecitos. Ya se sabe que California da el índice más alto de ancianos, debido a que es el sueño y, más tarde, el refugio de un gran número de jubilados en los Estados Unidos.

Por eso, El Valle de Josafat de Oscar Ketchum contaba con tres salas en donde se celebraban hermosos sepelios, y con un horno crematorio en donde un fiambre se convertía en cenizas a gusto del consumidor o de los herederos.

Aquella mañana soleada del benigno invierno californiano, exactamente el 9 de enero de 1968, un visitante entró en la funeraria de Oscar Ketchum.

Éste lo recibió con una sonrisa.

—¿En qué puedo serle útil, caballero?

—Mi nombre es Harry Cordell, señor Ketchum.

Frisaba en los cincuenta años de edad y era calvo, de nariz aguileña, no muy alto, pero vestía con elegancia y pulcritud, y sujetaba con su mano derecha un portafolios.

—Señor Ketchum, he venido a comprarle el negocio.

Oscar creyó no haber entendido bien.

—Disculpe, señor Cordell, ¿se refiere a mi funeraria?

—Creo que no tiene otro negocio.

—No, señor. Sólo tengo éste. Pero verá, El Valle de Josafat no está en venta, señor Cordell…

—Señor Ketchum, soy abogado, pero realmente, no soy el comprador. Estoy representando a un cliente.

—Le ruego nuevamente que me perdone, señor Cordell, pero le

repito que el negocio no está en venta.

—Todavía no ha oído la oferta, señor Ketchum. Mi cliente está dispuesto a pagarle cinco mil dólares.

Oscar Ketchum arrugó el ceño.

—Señor Cordell, si yo vendiera este negocio, no lo vendería por menos de quince mil dólares.

—Es una pena —dijo el abogado y dio un suspiro—. Bueno, ya cumplí con mi obligación… Buenos días, señor Ketchum.

El abogado salió de la oficina y, apenas pasaron dos minutos, entraron otros dos visitantes.

Ketchum tampoco los había visto en su vida. Eran grandotes, fuertes, de anchos hombros. Cada uno de ellos llevaba un estuche de violín.

Oscar pensó que eran dos músicos que venían a encargar un sepelio en nombre de un compañero de orquesta.

Entonces ocurrió lo más extraño. Los dos hombres pasaron de largo, junto al mostrador, sin saludar y se metieron en la primera sala.

Oscar Ketchum echó a correr detrás de ellos.

—Eh, ustedes, ¿dónde van?

Alcanzó a los dos tipos en la sala, en donde había un muerto en su ataúd, en el catafalco, con cuatro velas y cuatro parientes que lloraban, tres mujeres y un hombre. El difunto era italiano y también lo eran las cuatro personas que lloraban.

Perdonen, caballeros —dijo Ketchum—. ¿Vienen quizá a interpretar algo por el difunto señor Caramelo?

—¿Ése se llama así? —preguntó uno de los tipos con cara de búho, señalando al muerto.

—Sí, señor. Pietro Caramelo.

—Pues, sí, señor Ketchum —contestó el otro desconocido, que tenía cara de perro—. Vamos a amenizar el acto.

Los dos hombres abrieron sus estuches y extrajeron los instrumentos. Ketchum se asombró más al ver que no se trataba de violines. Cada uno de aquellos tipos empuñaba un hacha.

—Eh, ¿qué van a hacer?

—Empezar el concierto —dijo Cara de Perro y pegó un hachazo en la pared.

Los cuatro atribulados parientes dejaron de llorar.

—Eh, ¿qué significa esto? —dijo uno de ellos.

—Usted cierre la boca, amigo —dijo Cara de Búho, y soltó un hachazo como su compañero, también en la pared.

El pariente de Caramelo se dirigió hacia ellos.

—¡No consiento esto!… Soy Luigi Caramelo, el primo de Pietro…

Cara de Búho salió disparado con la velocidad de la máquina de un tren y arrolló en su camino a su primo.

El ataúd, el muerto y dos velas rodaron por el suelo.

Las tres mujeres enlutadas chillaron despavoridas.

Oscar Ketchum, a pesar de sus sesenta años, trató de impedir que continuase aquella salvajada. Saltó sobre Cara de Búho, pero éste volvió a utilizar su demoledora izquierda y Ketchum se desplomó en el suelo sin conocimiento.

Cuando recuperó el sentido, todo había terminado. Aquella sala, una de las mejores, estaba convertida en una calamidad, como si por ella hubiesen pasado dos equipos de *rugby* luchando por la posesión de la pelota.

—¡Esto no es decente, señor Ketchum! —Estaba gritando Luigi Caramelo—. ¡Nos llevamos a mi primo a otro sitio!

Las tres mujeres y Luigi Caramelo se llevaban la caja con su pariente y dos coronas.

Oscar tenía un ojo negro.

Fue a su oficina y dio un respingo al ver al visitante que estaba sentado en un sillón, con las piernas cruzadas. Era Harry Cordell, el abogado.

—Hoy es su día de suerte, señor Ketchum —sonrió.

—¿Por qué dice eso?

—Un pajarito me ha dicho que cambió de opinión y que está dispuesto a aceptar los cinco mil dólares por su negocio.

—¡Ni lo piense!

El abogado Cordell borró la sonrisa de los labios.

—¿Quiere decir que no vende?

—Eso. No vendo.

—Señor Ketchum, debería ser más comprensivo.

—Soy todo lo comprensivo que debe ser un hombre honrado a los sesenta años, señor Cordell, y mi respuesta es ésta: ¡No vendo!

—Entiendo. Va a pedir protección a la policía.

—No, señor Cordell. No voy a hacer tal cosa de momento, porque quiero que usted y su cliente desistan. Pero si vuelven a hacer una jugada como la de Pietro Caramelo, acudiré a la policía, a la oficina del fiscal, o a dónde sea, para que las autoridades les paren los pies… Espero que con mi amenaza les baste. Vayan a otra parte, compren otra funeraria. La mía no está en venta.

El abogado se puso en pie y sacudió la cabeza.

—De acuerdo, señor Ketchum. Lo dejaremos en paz.

—Es lo mejor para todos.

El abogado Cordell se marchó y Oscar Ketchum fue a la cocina, que estaba en la parte trasera de la empresa de pompas fúnebres, y se dedicó a refrescarse el ojo con un hermoso filete de ternera.

Su empleado, Dean Oven, entró allí.

—Caramba, señor Ketchum, no sabía que hubiese habido un terremoto en Los Ángeles.

Dean Oven, más viejo que Oscar, por los setenta años, era un hombre ingenuo y sencillo.

Oscar no quiso asustar a Oven. Además, el abogado Cordell había dado su conformidad. No volvería allí, y tampoco volverían los supuestos concertistas. Ahora necesitaba un descanso, ¿y qué mejor que ejercitar su deporte favorito, la pesca? El día era fantástico para eso.

—Dean, me voy a pescar. Te quedas a cargo de la oficina.

—Pero ¿qué pasó en la sala?

—Unos clientes que no quedaron satisfechos.

Una hora más tarde, Oscar Ketchum se encontraba en el remanso de un río, pescando la trucha.

Había ido allí en su furgoneta. Conocía bien el lugar, porque había obtenido buenos ejemplares.

Era un rincón paradisíaco, muy bello.

Sintió un tirón en la caña y gritó alborozado. Ya había pescado una pieza.

—Enhorabuena, abuelo —oyó una voz a sus espaldas.

Volvió la cabeza sintiendo un escalofrío. Sí, allí estaban otra vez los dos, Cara de Búho y Cara de Perro.

—Eh, ¿qué hacen ustedes aquí?

—Hemos venido a ayudarle.

—No necesito ayuda.

—¿Quién dice que no, abuelo? Usted tiene muy poca fuerza.

Los dos hombres atraparon a Oscar, cada uno por un brazo y una pierna.

—Eh, ¿qué hacen? —gritó Oscar con la caña de pescar en la mano.

—Vaya a por la trucha —dijo Cara de Búho.

—A la una, a las dos y a las tres… —dijo Cara de Perro.

Lanzaron a Oscar muy lejos, porque ellos tenían mucha fuerza y Ketchum pesaba sólo cincuenta kilos.

Ketchum fue a parar a muchos metros de la orilla y desapareció en el agua.

Los dos matones cruzaron los brazos y se pusieron a observar el sitio en donde Oscar Ketchum se había hundido. Vieron burbujas.

—¿Estás seguro que no sabe nadar? —preguntó Cara de Perro.

—Seguro. Sonsaqué a un amigo suyo que también es pescador.

Sacaron tranquilamente cigarrillos y los encendieron.

Oscar Ketchum no reaparecía en la superficie y poco después dejaron de producirse las burbujas.

Cara de Perro dio un suspiro.

—No somos nadie…

—Y que lo digas, Jack.

—Bueno, el señor Wallace ya quedó servido.

Y los dos hombres dieron media vuelta y se alejaron de aquel lugar.

CAPÍTULO II

Elmer Lutz trabajaba como camarero en el restaurante de la Universidad de Berkeley. Había cumplido recientemente veinticinco años y era un muchacho agradable, simpático, siempre presto a hacer un favor, pero los hados fatales lo habían señalado con la mano quizá en la cuna, porque Elmer hacia las cosas raramente bien, y originaba las mayores catástrofes.

Por ejemplo, ahora estaba destrozando medio centenar de vasos con sus correspondientes platos, porque al abrir una puerta ésta había chocado contra Clint Harper, el gerente del restaurante, que era quien llevaba toda la vajilla en un carrito.

Clint Harper cayó en el suelo y el carrito, después de pasarle por encima, sin tocarle, impulsado por el propio Clint, había ido a chocar contra la pared y todo lo que contenía se convirtió en escombros.

Elmer, que se había quedado inmóvil, con la puerta abierta, dijo:

—Señor Harper, mire lo que ha hecho por no fijarse.

Clint Harper se estaba poniendo rojo.

—Eh, señor Harper, recuerde su tensión —prosiguió Elmer—. Se lo dijo el doctor. Nada de emociones fuertes o su corazón se le paralizará y tendrán que hacerle un trasplante…

Harper se levantó pasándose una mano por la cara.

—Dios mío, ¿por qué me pasa esto? ¿Porqué…?

—Perdone, señor Harper, pero debo llevar su almuerzo al profesor Murray. Como es un sabio distraído, uno ha de ocuparse de él o no comería. Y tenga más cuidado otra vez, señor Harper. Su corazón debe de ser lo primero.

Elmer se fue a la cocina dejando a Harper soltando maldiciones en un idioma extraño, que podía ser chino.

Elmer preparó el almuerzo del doctor Murray, y con todo ello en la bandeja salió de la cocina.

Harper ya no estaba allí. De modo que no podía tropezar con él.

Abrió una puerta de vaivén, y justamente Harper abrió la otra. No se produjo una nueva colisión porque, según la ley de probabilidades, con un cincuenta por ciento en favor y un cincuenta por ciento en contra, se había dado el número favorable.

Ya en el corredor, un joven que repartía el correo se acercó a Elmer.

—Carta para ti, Elmer.

—Tengo las manos ocupadas, Jim. Déjamela en el bolsillo. Debe ser de los de *Un quesito, otro quesito y te quedas con apetito*… Ya sabes, el concurso de T. V. al más sabio… He escrito no menos de cincuenta cartas y siempre me dicen lo mismo, que no he pasado el examen previo de las cinco preguntas que hay que contestar por escrito para tomar parte en la fase final… En fin, quizá me muera trabajando aquí de camarero.

El que repartía la correspondencia, Jim, se encogió de hombros y, después de poner la carta en el bolsillo de Elmer, continuó su camino.

Elmer se metió en el ascensor y subió a la tercera planta.

Al llegar ante una puerta se detuvo.

—Profesor, ¿está ahí? —dijo cantando—. ¡Allá voy…!

Hizo girar el picaporte con el codo y entró de espaldas, y tampoco esta vez pasó nada.

Se encontraba en el laboratorio del doctor Giles Murray.

El profesor le estaba hablando a un mono que se sentaba en una sillita de bebé.

—«Napoleón», tienes que portarte bien… Yo sólo quiero concederte el habla y entonces ya serás como una persona…

—Eso será estupendo, profesor, porque hasta podrá contar chistes.

—¿Eh? ¿Cómo? —dijo el profesor y al volver la cabeza sonrió—. Ah, eres tú, Elmer.

—Su almuerzo, profesor.

—No lo quiero.

—¡Son las once, profesor, y es la hora en que necesita alimentarse!

—Perdí el apetito.

Elmer echó una mirada a las probetas y matraces en donde

burbujeaban y humeaban diversos líquidos de distintos colores.

—¿Cómo no va a perder el apetito bebiendo esas porquerías, profesor Murray?

—Tengo que probar conmigo.

—Pero, profesor, usted ya habla. ¿Para qué bebe eso?

—Soy un científico, Elmer, y debo experimentar en mí los ensayos.

—Profesor, por ese camino, un día caerá al suelo y se pondrá a dar coletazos como las lagartijas. ¿Y qué pasará? Que lo tendremos que enterrar… A propósito, ¿le gustan los gladiolos o los crisantemos? Ya sabe, por la corona…

—Elmer, estoy muy ocupado. He llegado al final del experimento.

—¿Ha hablado ya «Napoleón»?

—No. Todavía no, pero le voy a dar el elixir. Justamente, me has sorprendido cuando estaba preparando a «Napoleón» sicológicamente.

—¿Y él lo ha entendido?

—Sí.

—Demonios, entonces me quedo para oír sus primeros chistes.

—Puedes quedarte, Elmer. Serás el primer ser humano que oiga hablar a un mono.

Elmer puso la bandeja del almuerzo sobre una pequeña mesita.

El profesor Murray cogió un tarro de cristal, en donde había un líquido verdoso, y llenó con él una cuchara que acercó a la boca del mono. Éste se puso a chillar.

—Eh, parece que no le gusta —dijo Elmer—. ¿Me deja a mí, profesor? Le engañaré diciéndole que es mermelada de albaricoques…

—El mono es más listo que tú y no te creería… Anda, «Napoleón», bebe esto…

—Sí, anda, «Napoleón», bebe. Tu papi sólo quiere que te hagas un hombrecito.

Al oír aquello, el mono bebió el contenido de la cuchara.

—¡Lo bebió, profesor…! ¡Lo bebió…!

El mono pegó un terrible chillido y se cubrió la cara con las manos.

—Le hace efecto, profesor.

El mono bajó las manos y, poniendo una cara muy fea, empezó a soltar gruñidos y sonidos ininteligibles…

—Eh, profesor, ¿le está nombrando a su familia?

Murray dio un suspiro.

—He fracasado, Elmer.

—No diga eso, hombre.

—Sí. He fracasado, el mono no ha dicho nada que pueda tener una traducción humana. Sólo está contestando a su manera.

—Bueno, no se aflija, profesor, y tómese su café con leche… Le traje también bollitos.

Elmer cogió el plato con el tazón de café con leche, pero el profesor se volvió en ese momento con su frasco de mejunje verde. Taza y botella chocaron y el líquido verde cayó en el café con leche.

—Oh, perdone, profesor… Qué catástrofe… ¿Lo ve usted? No puedo hacer una a derechas.

—Fue culpa mía.

—No, no fue culpa suya, sino mía… Me paso la vida queriendo hacer las cosas a derechas. ¿Y qué pasa? Que todas me salen zurdas…

El profesor se había manchado la bata y las manos de líquido verde.

—Voy a lavarme. Y olvida el incidente, Elmer…

—Sí, señor. Como usted quiera… Es usted muy bueno, profesor, y merecía que el mono hablase.

—Gracias, Elmer, pero no basta con los buenos deseos…

El profesor se fue hacia el fondo, en donde estaban los servicios.

Al quedar a solas, Elmer oyó que el mono le gritaba señalándole la taza de café con leche.

—Eh, «Napoleón», ¿es esto lo que quieres? Bueno, después de todo, con café con leche te sentará mejor…

Le dio el tazón a «Napoleón» y el mono lo cogió con las dos manos y bebió su contenido de una sola vez.

Elmer cogió el tazón que le devolvió el cuadrumano y lo puso sobre la bandeja.

—Gracias, Elmer —dijo el mono.

—De nada —contestó Elmer distraído, y de pronto dio un respingo y miró al animal que estaba sentado en la silla de bebé—. Eh, ¿has sido tú?

—¿Quién iba a ser si no, Elmer?

—¡Dios mío! ¡Hablas…! ¡Fue el café con leche con el mejunje…! ¡Contarás chistes y hasta podrás ser senador de Estados Unidos…! Tú eres el que hace falta allí, «Napoleón». Seguro que te eligen y terminas con la guerra del Vietnam… ¡Profesor…! ¡Profesor…!

Echó a correr, pero tropezó con una silla y se fue por el aire. Golpeó contra una mesa y las probetas que había allí chocaron entre sí.

Sobrevino una tremenda explosión.

El profesor salió de los lavabos.

—¿Qué ha pasado…? Elmer, ¿dónde estás?

Se disipó la nube de la explosión y vio a Elmer, cuyo traje de camarero estaba convertido en jirones, el rostro negro.

—Profesor… —dijo con voz desfalleciente—. El mono está listo para contar su repertorio de chistes.

Murray echó a correr hacia donde estaba el mono.

—«Napoleón», ¿es cierto? ¿Ya hablas?

El mono contestó como antes, con gruñidos. Sus ojos estaban aterrorizados.

Elmer dio una patada en el suelo.

—¿No ve usted, profesor? Lo volví a estropear. «Napoleón» ya hablaba, pero la explosión lo asustó tanto que le paralizó las cuerdas vocales. «Napoleón» hablaba, profesor. Se lo aseguro… Y yo lo he dejado mudo… Otra vez me salieron las cosas por la zurda…

Murray le palmeó en la espalda.

—Elmer, métete en la cama y tómate un par de somníferos… Lo que ha pasado aquí no tiene importancia. Aún recuerdo la última explosión que ocasionaste en esta misma sala, cuando nos visitaba aquel sabio extranjero… El pobre hombre fue encontrado en el asta de la bandera de los Estados Unidos que hay sobre la puerta principal.

—Gracias, profesor. Es usted un santo… ¡Pero le repito que «Napoleón» habló!

—Sí, Elmer. «Napoleón» habló. No te preocupes. En vez de dos pastillas, tómate cuatro.

Elmer salió del laboratorio y se dio de bruces con Peggy Lou, una de las auxiliares del profesor.

Sin embargo, para Elmer, Peggy Lou era algo más que una

auxiliar de Murray. Era la joven de la que se había enamorado y tenía bastantes razones porque Peggy, con sus veinte años, era una muchacha maravillosa, de un rostro bellísimo, con hociquito saliente, ojos grandes, cabello muy negro, y senos desarrollados, lo cual acreditaba con el suéter que ceñía su busto, y unas piernas maravillosas, que realzaba con su minifalda. Venía cargada de libros.

—Oh, Elmer, ¿qué te pasó?

—Jugué ahí dentro a los bomberos.

La joven le sonrió.

—Siempre estás de broma, Elmer. ¿De quién es la carta?

—¿Qué carta?

—La que te está a punto de caer del bolsillo.

—Dios mío. Lo había olvidado. Me la habrán mandado los de La Dulce Vida, la fábrica de quesos que organiza el concurso para elegir al hombre más inteligente de Estados Unidos.

Elmer sacó la carta del bolsillo y rasgó el sobre extrayendo su contenido.

—Seguro que no me han elegido para la fase final. Siempre fallo en las preguntas de aritmética… Demonios…

—¿Te han elegido para la fase final?

—No, no la mandan los de los quesitos… Es un abogado. Se llama Oudley Wayne… ¡Dios mío…! Pobre tío Ketchum… Se ahogó mientras pescaba… Bueno, menos mal que al sacarlo también sacaron una trucha de campeonato… Qué lástima que no lo hayan fotografiado con la trucha… ¡Cielos! ¡Soy su heredero! ¡Soy su heredero, Peggy!

—Enhorabuena, Elmer.

—Soy un hombre de negocios, un hombre importante —exclamó Elmer y, sin poderse contener, cogió a Peggy por los brazos y la besó en la boca—. Oh, perdona, Peggy, no sabía lo que hacía…

—No te preocupes.

—Pero te he puesto la cara perdida.

—Ya me limpiaré… Anda, dime, ¿qué clase de negocio es?

—Funerario.

—¿Eh?

—Mi tío era el dueño de la empresa de pompas fúnebres El Valle de Josafat. Aquí lo dice. Pobre tío Ketchum. Toda la vida

trabajando y ahora me hace heredero de su negocio. Bueno, debo decir que a tío Ketchum no lo veía desde que era pequeñito. Estuvo reñido con mi madre, su hermana, y dijo que no nos hablaría a ninguno de nosotros. Ni siquiera a mí. Ya sabes, cosas de familia… —De pronto Elmer se quedó muy serio—. Qué mala suerte.

—¿Qué pasa ahora?

—Que no te veré.

—¿Por qué no?

—Pues porque no te podré servir los almuerzos ni las meriendas, ni nada…

—Nos veremos, Elmer… Yo iré a verte.

—Eso. Pasaremos grandes ratos, aunque no en la funeraria, con los muertos. Pasaremos.

—Además, puedes invitarme al cine.

—El cine… Tú y yo… Demonios, eso está bien pensado. Vámonos esta tarde.

—No, Elmer. Primero tienes que tomar posesión de tu herencia.

—Tienes razón, Peggy. Tendré que irme ahora mismo.

—Elmer…

—¿Qué?

—Vístete antes.

—Oh, sí, claro. Tengo que vestirme… Eh, Peggy, ya que te vas a lavar… —se interrumpió.

—Sigue, Elmer.

Elmer cogió de nuevo a la joven por los brazos y le estampó otro beso en la boca.

—Era eso. Que ya que te vas a lavar, utiliza un poco más de jabón —dijo Elmer y se alejó rápidamente de la perpleja Peggy.

Elmer entró otra vez en la cocina y tampoco tuvo suerte. El señor Harper transportaba la vajilla en otro carrito de mano y ocurrió exactamente lo mismo que antes. El carrito pasó por encima de él y fue a estrellarse contra la pared, con el consiguiente destrozo de platos y vasos.

—¡Señor Harper!

Harper había quedado inmóvil, en el suelo, con los ojos cerrados, porque no quería abrirlos para ver lo que había pasado.

—Señor Harper, ¿está muerto…? Si lo está, estoy a su disposición. Sí, señor Harper. Ahora soy Elmer Lutz, empresario de

pompas fúnebres… Y para que vea que le aprecio, le daré la caja gratis…

Harper se puso en pie y haciendo rechinar los dientes gritó:

—¡Muérete tú, Elmer!

CAPÍTULO III

Elmer asomó la cabeza por la puerta del negocio El Valle de Josafat.

—Eh, ¿hay aquí algún vivo?

Al no ver a nadie, entró diciendo:

—Espero que no estén muertos todos… ¡Eh! ¿Hay alguien?

Vio unas cortinas negras y las apartó.

Se encontró en una sala con un catafalco. Las paredes estaban cubiertas con crespones negros. Un hombre estaba metido en un ataúd, las manos sobre el pecho, rodeado por cuatro cirios.

Sólo había otra persona, pero ésta no estaba muerta, porque se hallaba de pie.

Elmer se acercó a él y preguntó:

—¿Quién es?

—Oscar Ketchum, el propietario.

—¡Tío Oscar! —gritó Elmer y corrió hacia el ataúd.

—¿Es usted su sobrino?

—Sí —dijo Elmer lloriqueando.

—Yo soy Dean Oven… Señor Lutz, bien venido al Valle de Josafat…

—No diga usted eso, hombre, que usted y yo estamos vivos… —Miró a su tío—. Tío Oscar, ¿quién te mandó a ti a pescar? —Se volvió hacia Dean—. A propósito, ¿dónde está la trucha?

—Me la comí.

—Ya podía haberla guardado.

—Es que no tenía cena… Disculpe, señor Lutz, pero si quiere, me voy a pescar ahora mismo.

—Nada de pesca. Hay que trabajar… ¿Cuántos muertos tenemos hoy…?

—Sólo tenemos a Oscar.

—¿Tan mal va el negocio?

—Han prometido que dentro de un rato habrá otro.

—Bueno. Menos mal.

—Ahora que usted ha llegado, debemos cumplir la última voluntad de Oscar.

—¿Cuál fue su última voluntad?

—El horno crematorio.

—Demonio, se va a achicharrar.

—Fue lo que él dijo, y más tarde, sus cenizas deben ser espolvoreadas por el jardín que hay detrás del negocio, justamente en el seto de las rosas…

—Ahora comprendo lo que decía mi madre, que tío Oscar quería ser siempre útil. Ya lo ve, ahora servirá de abono… Está bien, Dean. Vamos al horno crematorio.

Poco después el difunto Oscar Ketchum era introducido en el horno crematorio de la sala especial con que contaba el negocio.

—Cámara cerrada —dijo el viejo Dean—. Presión.

Elmer movió una llave.

—No, hombre. Así lo refrigerará. Es la otra llave.

Elmer movió otra llave y, a través de la mirilla, se vieron las llamas que debían acabar con los restos mortales de Oscar Ketchum.

—Dean, mientras mi tío se quema, quiero que me pongas al corriente del negocio…

Fueron a la oficina y Oven le enseñó el muestrario, explicándole las particularidades de cada sepelio.

En un momento determinado, Dean consultó su reloj.

—Su tío debe de estar listo. Será mejor que lo enfrasque ya.

—Muy bien, pero hazme un favor. Vete tú solo a tirarlo a las rosas. Yo me pondría muy triste.

—No se preocupe, señor Lutz.

—Y puedes tutearme.

—Como quieras, Elmer.

Dean se marchó y el nuevo proletario del Valle de Josafat quedó a solas, examinando las hojas del muestrario.

Al cabo de un rato, se abrió la puerta y aparecieron dos hombres. Uno tenía cara de búho y el otro de perro.

—Buenos días, caballeros —les saludó sonriente Elmer—. Considérense como en su casa.

Cara de Búho y Cara de Perro se encaminaron hacia el

mostrador.

Cara de Búho fue a abrir la boca, pero Elmer lo interrumpió.

—Espere, no me lo diga. Usted viene a por un ataúd María Antonieta, forrado con terciopelo rojo de la más alta calidad, asas doradas, almohadillas de pluma de pavo real…

—Se equivoca.

—¿Quizá un ataúd Rockefeller para un tipo podrido de dinero?

—¡No!

—¿Ataúd para emigrante con poco dinero?

—Oiga, yo soy Lee Barton y éste es Jack Cook, y venimos a comprárselo todo.

—¡Dios mío! Se trata de una epidemia. ¡Quieren todas las cajas! Trato hecho. Les haré una rebaja… El Valle de Josafat es el que más barato vende… Prueben nuestros precios y comparen…

—Venimos a comprarle el negocio.

—¿Todo el negocio?

—Sí. Con paredes, columnas y cimientos… Sólo quedará excluido usted.

—Lo siento.

—¿Qué es lo que siente?

—No puedo vender.

—¿Por qué no?

—Por mi tío.

—Eh, un momento. ¿Su tío no ha muerto?

—Sí, y por eso no vendo, porque está muerto.

—No lo entiendo. ¿Lo entiendes tú, Jack?

—Tampoco.

—Será mejor que se explique —dijo Cara de Perro arrugando mucho la nariz.

—Verá, tengo motivos sentimentales. Apenas conocí a mi tío y yo era un sencillo camarero, pero eso sí, me ganaba la vida honradamente… Y no veía al tío Oscar desde que era pequeñito… Yo era un chico muy bueno, recuerdo que llevaba traje de marinero cuando tío Oscar me puso una mano en la cabeza y me dijo: «Elmer, eres un chico muy inteligente. Espero que sigas así». Bueno, el tío Oscar decía eso porque acababa de recitar un trozo del discurso de Lincoln en el campo de guerra de Gettysburg… Es un hermoso discurso y ahora mismo se lo recito a ustedes.

—¡No, eso no! —gritó Cara de Búho.

—¿Quizá una poesía de lord Byron?

—¡No!

—¿Una de Truman Capote?

—¡No!

—Está bien. Nada de poesía.

—Nos gusta más la prosa.

—Estupendo. Ahí va un trozo de Hemingway…

—¡Silencio o se la gana…! A propósito, todavía no sabemos su nombre.

—Elmer Lutz.

—Muy bien, señor Lutz, usted tiene que vender.

—Ya les he dicho que no puedo. Dejen correr algo de tiempo para que pueda olvidar al tío Oscar.

—¿Cuánto tiempo?

—Treinta años, o quizá basten con veinte… —Los dos tipos se abocaron sobre el mostrador con cara siniestra y al verlos Elmer agregó—: ¿Les parece bien diez?

—No, señor Lutz —dijo Cara de Búho.

—¿Se conforman con unos meses?

—Somos comprensivos, señor Lutz.

—Gracias, caballeros.

—Le daremos unas horas.

—¿Cómo? —chilló Elmer haciendo un gallo con la voz.

—Veinticuatro horas.

—¡Oh, eso sí que no! ¡Protesto!

—No puede protestar.

—Claro que protesto porque yo soy el dueño de este negocio… A propósito, señor —señaló a Cara de Búho—. Usted está muy mal. Tiene úlcera.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Y la úlcera le está produciendo una hemorragia… ¡Es terrible, señor! Usted se está desangrando por dentro… Y es posible que esté casado.

—Sí.

—Que tenga hijos.

—Sí.

—Dios mío, ¿qué va a ser de ellos? Usted se puede morir de un

momento a otro… ¿Y qué ha decidido para cuando llegue el momento fatal?

—Nada.

—Eso demuestra que es usted un tipo afortunado al haber llegado aquí —Elmer sacó unos papeles—. Señor Barton, a cambio de un montoncito de dólares, muy pequeño, usted tendrá todo lo que debe tener un hombre cuando le ha llegado el instante de torcer el cuello.

Elmer hizo una pausa y miró al cielo, y los dos hombres, que estaban sugestionados, también miraron arriba.

En seguida Elmer pagó un puñetazo en la mesa y prosiguió:

—Eso es lo que nos pasa a todos. No pensamos en el día en que tengamos que ocupar un ataúd… ¿He dicho ataúd…? Qué torpe. No se trata de un ataúd, sino de una vivienda lujosa… Y tendrá música en su funeral, señor Barton, solemne, maravillosa… Y sus amigos se sentirán emocionados al presenciar un acto como ése… Su úlcera lo está matando, señor Barton, pero aquí estoy yo para cuando la úlcera acabe con usted. Firme.

Elmer le estaba alargando una pluma y Barton se apresuró a cogerla y a firmar donde le indicaban.

—Aquí tiene los cincuenta dólares, señor Lutz.

—Setenta y cinco. Los veinticinco restantes son de impuestos.

—Sí, señor. Aquí tiene los otros veinticinco.

Cuando Elmer ya tenía el dinero, Cara de Perro, pegó un puñetazo en la mesa.

—¡Lee, no vinimos a esto…!

—Calla, hombre, no me grites que me puedo desangrar más… Sácame de aquí. Necesito descansar, reposo…

Estaba lloriqueando y pasó un brazo por los hombros de su compañero. Cara de Perro también se enterneció porque sus ojos se arrasaron en lágrimas.

Los dos dieron media vuelta y echaron a andar hacia la puerta, Cara de Búho casi arrastrando los pies, como desfallecido.

Al encontrarse a solas, Elmer se frotó las manos y dijo:

—Bien, tío Oscar. Todo va de primera.

CAPÍTULO IV

Tom Wallace, miembro directivo de la Cosa Nostra, organización de la llamada Mafia, con residencia en Los Ángeles, se levantó furioso de la mesa tras haber escuchado a dos de sus matones favoritos, Lee Barton y Jack Cook.

—¡No lo puedo creer…! Pero ¿qué clase de estúpidos sois vosotros…? Un camarero os toma el pelo… Un camarero que debía estar ahora con las piernas alrededor del cuello… ¡Y tú, estúpido, todavía le firmas un contrato como cliente!

—Pero mi úlcera…

—Yo también tengo una úlcera y estoy viviendo con ella desde hace veinte años.

Una rubia platino se levantó del diván. Era maravillosa porque poseía unas medidas de busto, cintura y cadera como para poner en ridículo al último descubrimiento de Hollywood.

—Querido, ¿por qué no me dejas a mí?

—¿Qué pretendes, Geraldine?

—Conquisto a ese Elmer y le hago firmar.

—Me conquistaste a mí y tuviste bastante.

—Sólo te quiero ser útil, Tom.

—Tú ya me eres útil cuando a mí me da la gana, y te vas a estar quietecita. ¿O prefieres que te lo diga en latín?

—Tú no sabes latín.

—¡Es una forma de hablar, estúpida! Enróscate otra vez en el sofá y cuando abras la boca sólo quiero oírte un maullido…

—Miau —dijo la rubia platino y se fue al sofá.

Tom sintió deseos de ir detrás de la joven para soltarle una bofetada, pero en aquel momento intervino su abogado Harry Cordell, que estaba sentado en un sillón.

—Tom, no debemos perder la serenidad.

—Miren a mi abogado dándome consejos… El gran tipo del foro

va a soltar una de las suyas… Escúchame bien lo que les voy a decir a Lee Barton y a Jack Cook —se dirigió a los dos matones—. ¡Muchachos, repetid el número de Oscar Ketchum!

—Eh, jefe, ¿y si Elmer no tiene afición a pescar? Podríamos estar esperando años a que coja una caña.

—¡Sois un par de imbéciles! ¡Por qué debéis de liquidarlo igual que a su tío! No me importa cómo lo hagáis. ¡Lo quiero muerto, y cuanto antes mejor…!

—Tom, no es el medio —habló de nuevo el abogado.

—¿No?

—Con un muerto ya hubo bastante.

—Siempre me ha gustado hacer las cosas por parejas. Y ya te he dicho que yo no puedo perder tiempo… ¿Qué es lo que hay debajo de los cimientos de esa funeraria? ¡Medio millón de dólares…! ¡Sí, medio millón de dólares que el canalla de Davie Drawn enterró allí hace cinco años! Cuando trabajaba para Oscar Ketchum y en sus horas libres se dedicó a pegar asaltos en compañía de sus hombres… Y ese maldito de Drawn sólo tuvo la idea de esconder el tesoro en el lugar donde trabajaba. ¿Y cuándo hemos conocido nosotros eso? Hace unas semanas. ¿Por qué? Porque todos murieron, excepto Bud Fargo uno de los salteadores.

—Eh, Tom, conocemos la historia, ¿por qué la has de repetir?

—Porque a veces tengo la impresión de que la olvidáis o que esto os parece un juego de niños.

—Ya sabemos que no es un juego de niños. Medio millón de dólares es toda una fortuna.

—Tuve que atormentar a Bud Fargo hasta hacerle confesar. Por fin soltó el carrete, y gracias a eso supimos dónde está el medio millón… Entérate, picapleitos, quiero ese dinero, y para eso tenemos que ser los dueños de esa maldita funeraria. ¿Cómo se llama?

—El Valle de Josafat —le recordó Cordell—. Pero no tenías que haber matado a Bud Fargo. Nos podría haber dicho dónde estaba el dinero, y con un simple asalto a la funeraria habrías atrapado el dinero.

—Se me fue la mano cuando lo apreté por el pescuezo.

—Sí. El pobre estaba demasiado castigado y bastó para que se te quedase entre los dedos como un pollo…

—Basta de recriminaciones, Cordell. El caso es que no sabemos dónde esta escondido el medio millón y quizá tendríamos que echar el edificio abajo para encontrarlo. Por eso llegamos a la conclusión de que teníamos que ser los dueños de esa funeraria. ¿Hablo bien? —terminó mirando a Geraldine.

—Miau —dijo ella ondulándose en el sofá.

—Deja de maullar o te rompo tu bonito hocico.

—¿En qué quedamos, Tom? ¿Maúllo o no maúllo?

—Maullarás cuando a mí me dé la gana.

—Sí, amor.

El abogado habló de nuevo.

—Tengo una idea, Tom.

—¿Para qué?

—Para que seas el dueño de esa funeraria.

—Explícate.

—Es la mar de sencillo… Verás…

Era el segundo día que Elmer Lutz se encontraba al frente del negocio.

Dean se asomó por entre las cortinas.

—Eh, Elmer, hoy fue un día bueno. Cuatro muertos.

—Y que lo digas. Si seguimos así tendremos que levantar en el jardín otra fiambrera.

Dean desapareció de nuevo tras las cortinas.

En aquel momento entró un visitante.

—Buenos días, caballero —saludó Elmer con su amabilidad característica—. ¿Qué desea?

—Soy Harry Cordell, abogado.

—Y apuesto a que de los buenos.

—¿Cómo lo sabe?

—Se le nota en la cara. Es usted un hombre activo, sus ojos vivaces, no se le escapa nada…

Cordell sonrió halagado.

—Bueno, debo admitir que estoy considerado como uno de los mejores de la profesión.

—Y ha pensado usted en el mausoleo.

—¿En el mausoleo?

—En el mausoleo familiar, señor Cordell. Nosotros nos encargaremos de eso y, cuando usted lo vea, le van a entrar ganas

de morirse.

—No, señor Lutz, no he venido a contratarle a usted un mausoleo. El motivo es otro.

—Usted dirá.

—Vengo a que pague los cinco mil dólares.

—¿Cómo ha dicho?

—Cinco mil dólares, señor Lutz.

—No le entiendo. ¿Por qué he de pagarle cinco mil dólares?

—Bueno, he empezado por el final y debí hacerlo desde el principio.

—¿Qué le parece si deja la historia como está y me cuenta el principio el verano próximo?

—Es usted muy chistoso, señor Lutz.

—Oiga, tengo un repertorio enorme. Le puedo contar chistes hasta que se muera de risa…

—Parece que usted sólo piensa en eso, en que me muera. No, señor Lutz, no quiero oír sus chistes… Hablemos del préstamo.

—¿Del préstamo?

—Sí. ¿No se lo dijo su tío?

—¿Qué me tenía que decir mi tío?

—Ya veo que no le explicó nada… Verá, señor Lutz, su tío Oscar Ketchum recibió un préstamo de mi patrón.

—¿Y quién es su patrón?

—Tom Wallace…

—No he oído hablar de él.

—No viene al caso que usted haya oído o dejado oír hablar de él… Lo cierto es que mi cliente, Tom Wallace, prestó a su tío Ketchum cinco mil dólares. Me informé de su muerte y he creído preciso que usted estuviese informado del asunto. Me gusta cumplir con los requisitos legales, y hasta llego más lejos, si puedo hacer un favor lo hago.

—Pues hágame un favor entonces.

—Trato hecho.

—Olvídese de los cinco mil dólares.

—Señor Lutz, espero que no esté hablando en serio. Yo defiendo los intereses de mi cliente, y eso para mí es lo más sagrado del mundo. Tendrá que pagar los cinco mil dólares que Oscar Ketchum aceptó prestados a Tom Wallace.

—Bueno, si no hay más remedio los pagaré.

—Mañana.

—¿Eh?

—Mañana.

—¿Por qué mañana?

—Porque según el documento que Oscar Ketchum firmó, es mañana cuando vence el plazo por el que Tom Wallace le prestó los cinco mil dólares. Y para que no tenga duda acerca de eso, le traigo una fotocopia del documento.

Harry Cordell abrió el portafolios y sacó una fotocopia que alargó a Elmer. Éste la examinó.

—Dios mío, es cierto… ¡Señor Cordell, tendrá que ampliarme el plazo!

—No es posible.

—Hable usted con su cliente y dígale lo que pasó… Que mi tío murió y que yo soy el nuevo dueño.

—Bueno, quizá su tío le dejaría los cinco mil dólares para pagar esa deuda.

—Oh, no, de ninguna forma. Revisé su cuenta bancaria y he visto que tenía doce mil, pero el verano pasado mi tío se los gastó en un viaje a Europa y con una rubia… Bueno, eso es lo que me dijo mi empleado el señor Oven.

—Señor Lutz, no me cuente historias tristes. Me hago cargo de su situación, pero no puedo hacer nada por usted.

—¿Qué pasará si mañana no pago?

—Que tendrá que marcharse.

—¡Oh, no!

—Nosotros nos quedamos con el negocio. Haremos una valoración legal y justa. Quizá, con un poco de suerte, le sobre algo. No se quedará en la ruina, señor Lutz. Podrá recibir unos quinientos o mil dólares como compensación…

Después de todo, hace unos días usted no tenía ningún interés en esta funeraria. Si recibe algún efectivo, deberá darse por satisfecho… Y ya no tengo nada que hacer aquí. Buenos días, señor Lutz.

Cuando el abogado iba a salir, volvió la cabeza y dijo:

—Recuerde. Paga mañana los cinco mil dólares o a la calle.

Elmer se quedó muy triste.

Dean Oven entró en la oficina.

—Eh, ¿qué te pasa? Pareces uno de los muertos…

—Quizá estaría mejor en la caja. Echa un vistazo a este documento, Dean.

Oven cogió la fotocopia y la leyó. Cuando hubo terminado dijo:

—No sabía nada de esto… Pero ahí está la firma de tu tío Oscar… Caramba, yo no sabía que había pedido prestados cinco mil dólares. ¿Qué hizo con los cinco mil dólares?

—No tuvo bastante con la rubia. Probablemente una pelirroja…

—Demonios con el viejo. Y yo que lo creía acabado…

—¿Sabes lo que significa esto, Dean? Que se acabó mi aventura. Empezó y terminó en seguida, como un soplo. No puedo pagar los cinco mil dólares.

—No puedo pagar esos cinco mil dólares porque no los tengo, Peggy.

—Qué mala suerte.

Estaban en el laboratorio del doctor Giles Murray.

Murray, sentado en una silla, también había escuchado el relato de Elmer.

Elmer sonrió, aunque con un poco de amargura.

—Bueno, no hay de qué preocuparse. Al fin y al cabo, seguiré siendo camarero, a no ser que el señor Harper no quiera admitirme.

—Claro que te admitirá —dijo Peggy—. A propósito, llegó una carta para ti. Pensé llevártela a la funeraria. Es de ese concurso, el de los quesitos.

Elmer tomó el sobre y lo rasgó con aire aburrido, sin entusiasmo. Después de leerla la dejó en el suelo y dijo:

—No iré.

—¿Adónde?

—Me han admitido en la fase final que se celebra esta noche…

—¿Cuánto es el premio?

—Seis mil dólares.

—¿Por qué no has de ir?

—Peggy, he vivido hasta ahora en una nube. Me presenté nada menos que al concurso del Hombre Más Inteligente de Estados Unidos, y soy el más estúpido y el más torpe.

—No eres estúpido ni torpe. Lo único que pasa es que eres demasiado bueno. Sí, Elmer, eso eres tú, un hombre que se

preocupa de los demás, que siempre quiere ayudar a su prójimo. Admito que te precipitas un poco a veces, pero lo importante es que intentas ayudar por todos los medios a tus semejantes. Y los hombres como tú son tan escasos que son considerados tontos. Y tú mismo llegas a creer que lo eres al ver cómo te hablan los demás.

—Peggy, es lo más bonito que me han dicho en mi vida. Gracias. Pero sigo pensando que soy un tonto.

—¡Eureka!

Los dos miraron al mismo tiempo al doctor Murray, que era quien había soltado aquella exclamación.

Murray saltó de la silla y se puso a hacer extrañas muecas.

—Eh, ya le dio el ataque, Peggy —dijo Elmer—. Habrá que avisar a los loqueros…

—Hombre de poca fe —rió Murray y levantó el dedo hacia el techo—. Yo te convertiré en los siete sabios de Grecia. Sí, tú tendrás todos los conocimientos humanos en tu cerebro…

—Se lo advertí, se lo advertí, profesor Murray —repuso Elmer—. Si continuaba con sus experimentos, terminaría peor que el mono…

El profesor Murray cogió a Elmer del brazo y tiró de él con tanta violencia que lo hizo saltar en el aire.

—Eh, profesor, ¿qué va a hacer con él? —dijo Peggy, echando a correr tras de ellos.

Los tres penetraron en una habitación del laboratorio. Había unas cortinas a la derecha y el profesor tiró de ellas apartándolas a un lado y a otro.

Ante los ojos de Elmer y de Peggy apareció algo parecido a la silla eléctrica.

—Eh, profesor —dijo Elmer—, soy funerario, pero le juro que todos los que enterré estaban vivos…

—Será mejor que te calles y te podré explicar de qué se trata.

Elmer se abrazó a Peggy porque el profesor Murray le inspiraba miedo, ya que sus ojos estaban desorbitados.

—Muchachos, os presento uno de los experimentos cuyo secreto más celosamente he guardado: El electrónico Sapiens.

—¿Qué es eso, profesor?

—En este aparato están contenidos todos los conocimientos del mundo.

—Pero está parado, profesor. No anda ni habla.

—Es ahí dentro donde contiene la sabiduría —Murray golpeó la parte superior del enorme aparato.

—¿Y cómo sabe tanto?

—Es la mar de sencillo, Elmer. Hice pasar los más importantes libros de la Humanidad por su memoria.

—¿Su memoria?

—Sí. Su memoria que está basada en computadores y en células fotoeléctricas. Anda, hazle una pregunta, la más complicada que te parezca.

—¿Cuál es el volcán más alto del mundo y dónde se encuentra?

Murray apretó un botón e inmediatamente se encendió una pantalla en donde se pudo leer: «Acatenango-Guatemala-3960».

—¿Es verdad eso, profesor?

—Claro que es verdad. Pero sería mejor que hicieses una pregunta de la que tú ya conocieses la respuesta.

—Caramba, es cierto… ¿Cuál es la empresa industrial más poderosa del mundo?

Murray apretó un botón y la pantalla respondió: «General Motors».

—¿Quién escribió *Lo que el viento se llevó*? —preguntó Elmer, a continuación.

Tras la pulsación del botón, la pantalla fijó un nombre: «Margaret Mitchell».

Elmer hizo un gesto de desconsuelo.

—Eh, profesor, su invento es muy bueno, pero por mucho que arregle esta máquina no se parecerá nada a mí. No la podrá hacer pasar por Elmer Lutz.

—Te falta saber algo muy importante. Yo te puedo transmitir los conocimientos de esta máquina por medio de la electricidad.

—Ahora comprendo el significado de la sillita.

—Sólo tienes que sentarte y, con un par de descargas, serás el hombre más inteligente de Estados Unidos y del mundo.

—La descarga se la da a su tía, y de paso le hace la permanente.

—Pondré al mínimo la tensión, y no será peligroso. Pero el experimento tiene un defecto.

—Estupendo, profesor. Ya decía yo que habría algún fallo… Hasta la vista.

—Tus conocimientos sólo durarán sesenta minutos.

—¿Sólo una hora?

—Sí. Una hora y volverás a ser el que eres. Tu mente quedará otra vez en blanco. La máquina no te dejará ningún conocimiento que te haya transmitido.

Peggy intervino:

—Una hora será bastante… ¡Es justamente lo que dura la emisión! De seis a siete, y faltan quince minutos para las seis… Profesor, puede comunicarle la sabiduría y nos marcharemos rápidamente a la emisora de T. V.

Elmer se rascó la nuca.

—Peggy, ¿tú me aconsejas esto?

—¿No quieres conservar el negocio? Si ganas, tendrás seis mil dólares y podrás pagar el préstamo, y así nos podremos casar…

—¿Qué es lo que has dicho, Peggy?

—Que te quiero y, si me pides que sea tu esposa, lo seré inmediatamente.

Elmer se sentó en la silla y dijo:

—Profesor, atíceme los voltios.

Giles Murray aseguró los brazos y las piernas de Elmer a la silla y le puso un casquete.

Elmer, al verse así, gimió:

—Eh, profesor, ¿y si me convierte en Frankenstein?

Peggy fue a su lado y dijo:

—Aunque fueses Frankenstein, seguiría enamorada de ti, Elmer.

Le cogió la cabeza entre las manos y lo besó con los labios entreabiertos.

Elmer sintió una sacudida muy fuerte.

—¡Eh, profesor, no conecte ahora!

—Todavía no he conectado… Hasta ahora todo el mérito corresponde a Peggy.

La joven se apartó y el profesor se acercó a un tablero de mandos.

—¿Listo, Elmer?

—Cuando quiera, profesor.

—Allá voy —dijo Murray y bajó una llave.

Se produjo un fogonazo y Elmer puso los ojos en blanco y dobló la cabeza contra el pecho.

—¡Doctor, lo está electrocutando! —gritó la joven llena de

terror.

—No, Peggy. Sé lo que hago.

Murray bajó otra palanca y el cuerpo de Elmer pegó otras dos sacudidas.

—Ya terminé —dijo el profesor.

—¿Cuándo despertará?

—En un minuto.

Murray quitó el casquete y dejó libres los miembros de Elmer.

Peggy y el profesor observaban al joven y éste por fin empezó a moverse.

Abrió los ojos, miró a Peggy, se levantó con mucha parsimonia y dijo:

—Profesor, sus electrones de carga eléctrica elemental negativa, con una masa de 9,110, o sea, 1839 veces menor que la del protón, siguen un circuito en donde hay un pequeño fallo con respecto a los rayos Beta. Cuando ustedes quieran.

Estoy listo para el concurso… Oh, Peggy, el colorante de tus labios tiene carga positiva y a mí me gusta mucho lo positivo.

La besó en la boca, y con paso solemne, se dirigió a la puerta.

Peggy y el profesor Murray, asombrados, corrieron detrás del hombre que había recibido en su cerebro todos los conocimientos de la Humanidad.

CAPÍTULO V

Tom Wallace tenía un visitante muy especial, Johnny Celentano, otro dirigente de la Cosa Nostra.

Johnny Celentano tenía mucho que ver con el Sindicato de Transportes. Había empezado como simple camionero. Era un hombre fuerte, con puños de acero, que, en sus primeros tiempos, recién llegado de Sicilia, le sirvieron para hacerse respetar. Pero hubo un día en que Celentano pensó que a él no le bastaba conducir un camión. Había nacido para hacer grandes cosas. Por ejemplo, para chantajear a sus compañeros, exigirles un pago por dejar que transportasen tomates, lechugas, pimientos y otras verduras. Así nació su grandiosa idea de fiscalizar la mercancía que se debía transportar en California, y él mismo se asombró de los resultados. En unos años, Celentano se convirtió en un magnate, en un hombre con millones de dólares.

Y un día Celentano recibió una citación. No, no era la Administración de Justicia de Estados Unidos la que quería ocuparse de él en esos momentos, aunque ya había sufrido algunas demandas que sus abogados habían sabido burlar. La citación era de la Cosa Nostra. Habían reconocido sus méritos. No, no se le ofrecía un puesto directivo, pero sí un importante cargo y quizá, con el tiempo, si Celentano se portaba bien, subiría más arriba.

Celentano se juró que subiría y, si tenía a gente por delante, existía un medio para sustituirla en el más breve plazo. La muerte. Y desde que Johnny Celentano entró en la Cosa Nostra, algunos miembros de la organización empezaron a sufrir extraños accidentes. Joe el Napolitano, murió cuando tomaba un baño, al resbalar con la pastilla de jabón. Marcelo *el Mujeriego*, murió supuestamente de un ataque al corazón, por un «exceso» de mujeres bellas, al recibir de una sola vez en su *cottage* a seis maravillosas chicas que formaban el grupo orquestal Las Diablesas. Hubo otras

muertes y, cada vez que ocurría una de ellas, Celentano subía un peldaño en la larga escalera hacia la cumbre.

Y ya Celentano estaba en lo más alto de la escalera.

Era un hombre temible y, gracias a él, la Cosa Nostra había llegado al apogeo de su influencia en todo el mundo. La historia de la Cosa Nostra se podía dividir en, antes y después de la llegada de Celentano al Comité Ejecutivo. Antes, la Cosa Nostra sólo había tenido poder en Estados Unidos, y, después, cuando Celentano se sentó en uno de los sillones dirigentes, los tentáculos de la Cosa Nostra llegaron a los cinco continentes.

Habían cenado magníficamente. Celentano no había traído a su mujer porque se la había dejado en su casa, cuidando de sus seis hijos.

Pero Tom Wallace tenía allí a su favorita de turno, a la rubia platino Geraldine Shannon, y a su abogado Harry Cordell.

Tom le había preguntado a Celentano si quería una chica como compañía, pero Celentano dijo que no, entre otras cosas porque había quedado muy impresionado por la belleza, la seducción y las medidas y todo lo demás que poseía Geraldine.

—Tom —dijo Celentano—, ¿qué hay del asunto de Bud Fargo?

La pregunta fue tan inesperada que Wallace se atragantó porque en aquel momento estaba bebiendo champaña.

—¿Eh? ¿Cómo? —dijo.

Celentano hablaba de cualquier asunto con una gran sangre fría, su mejor característica.

—Uno de los muchachos encontró a Bud Fargo muy estropeado, Tom —repuso—. Sesenta y cinco puñaladas, la cabeza partida, la nariz aplastada…

Geraldine Shannon se puso en pie.

—Con permiso —dijo y echó a correr con una servilleta en la boca.

Tom Wallace sonrió débilmente y dijo:

—La chica ha comido demasiado. Perdónala, Johnny.

—Estábamos hablando de Bud Fargo, Tom. ¿Quién pudo hacerle una cosa así?

Wallace se dio cuenta del significado de la visita de Celentano. Éste le había llamado a media tarde diciéndole que lo invitase a cenar para cambiar impresiones acerca de la próxima reunión del

Comité Ejecutivo, y Tom le había contestado que desde luego, que lo esperaba.

—Bud Fargo tenía muchos enemigos, Tom —prosiguió Celentano—. Alguno de ellos le debió hacer esa carnicería. Pero yo me pregunto quién fue.

—Fui yo, Johnny.

—¿Tú, Tom?

—No le pegué las sesenta y cinco puñaladas ni el hachazo. Eso fue cosa de uno de mis muchachos que le tenía ganas, pero Bud ya estaba muerto porque se me quedó entre las manos.

—Al Comité Ejecutivo no le va a gustar nada que no hayas informado acerca de la suerte que tuviste al encontrar el medio millón, el botín de aquel asalto en que Bud Fargo tomó parte…

—¡Espera, Johnny!

—Pero haremos una excepción esta vez. Sí, Tom. Te vamos a perdonar en cuanto deposites la parte que le corresponde a la organización.

—Johnny, ¿cómo puedes imaginar que yo iba a burlar a la Cosa Nostra? No tengo ese medio millón, y quiero decir que no lo tengo todavía… Quise daros una sorpresa y por eso no dije nada. Bud Fargo cayó en mis manos por casualidad, le hice cantar y me dijo dónde estaba el medio millón.

—¿Y todavía no lo tienes?

—Verás, Johnny, dijo que estaba escondido en una funeraria. No fue Bud Fargo quien lo escondió allí, sino Drawn, otro de los asaltantes…

—¿Todavía no eres dueño de la funeraria?

—Surgieron algunas dificultades. Tuvimos que despachar al dueño, Oscar Ketchum… Hay un heredero, Elmer Lutz, un tipo que ha sido camarero en la Universidad. Cordell ha tenido una gran idea. Falsificamos un documento de préstamo. Ese desgraciado, Elmer, lo aceptó como bueno. Tiene que pagar cinco mil dólares mañana. Si no lo hace lo echaremos. Ya sabes, quise hacer las cosas bien, porque el medio millón está enterrado en esa funeraria, pero Bud Fargo no nos pudo decir el lugar exacto porque se fue al otro mundo.

—¿Y qué pasará si el chico te devuelve los cinco mil dólares del supuesto préstamo?

—No puede devolverlos. Es un camarero. Además, dos muchachos están vigilando a Elmer Lutz para conocer sus pasos…

Geraldine regresó del lavabo y sonrió a Johnny Celentano. A éste le había gustado el detalle de que ella se largase cuando hablaban de cosas tan desagradables. La chica había probado que era fina y que tenía sensibilidad. Su mujer, Gina, se había puesto muy gorda. Celentano la quería, pero de vez en cuando se arreglaba una chica con la que se iba de vacaciones a cualquier punto de Europa. Geraldine sería la mejor compañera para su próximo viaje.

—Bien, Tom. Espero que todo salga bien. En cuanto a tu secreto, aceptaré lo que has dicho, fue una sorpresa que querías darle al Comité.

—Así es, Johnny. Te lo juro. No había otra cosa. Después de todo, puedo desprenderme de un veinticinco por ciento del total.

En aquel momento sonó el teléfono y Wallace hizo una señal para que Geraldine lo cogiese.

—¿Qué quieres, Jack? —dijo la joven y tras unos minutos de escucha cubrió la mano con el micro y se dirigió a Wallace—. Tom, se trata del camarero.

—¿Qué pasa con él?

—Acaba de entrar en los estudios de T. V., del canal 24. Jack dice que el muchacho fue a la oficina que se ocupa de ese concurso para elegir al Hombre Más Inteligente de los Estados Unidos, ya sabes, el del premio de los seis mil dólares…

Johnny Celentano dirigió una mirada cargada de furia a Wallace.

—Conque ese camarero no iba a sacar los cinco mil dólares…

Wallace soltó una carcajada.

—Cuidado, Tom, no consiento que nadie se burle de mí.

—Perdona, Johnny, pero no me río de ti, sino del camarero… Anda, Cordell, ha llegado tu turno. Explícale a Johnny qué clase de muchacho es Elmer Lutz.

—Un tonto.

—¿Estás seguro, abogado? —inquirió Johnny.

—Yo diría algo más, señor Celentano. Elmer Lutz es un retrasado mental.

—¿Y cómo participa en ese concurso?

—¿No lo sabe?

—No tengo tiempo de ver la televisión.

—Cada participante ha de contestar cinco preguntas por escrito. Eso es relativamente fácil puesto que ha podido consultar los libros que desee. Luego, entre los que contestan esas cinco preguntas se hace un sorteo para los que han de participar en la fase final. Soy aficionado a esos concursos, señor Celentano. No me pierdo ninguno y puedo hablarle con seguridad. Ese que se está celebrando para elegir al Hombre Más Inteligente de los Estados Unidos no será ganado por Elmer Lutz. Hacen preguntas dificilísimas. He visto cómo barrían a profesores de Universidad, a abogados, médicos, tipos muy inteligentes… No, señor Celentano, puede estar tranquilo. Elmer Lutz no ganará los seis mil dólares.

—Quiero ver ese concurso.

—Me alegro de que lo quiera ver —repuso el abogado Cordell—. Yo no me pierdo la sesión.

Geraldine intervino:

—Eh, Tom, ¿qué le digo a Jack?

—Que él y Lee entren en el estudio y que no pierdan de vista a ese tipo. Y que se diviertan porque ya no hará falta su intervención.

Geraldine dio el mensaje y colgó.

Cordell ya había puesto en marcha el aparato de televisión. Se iluminó la pantalla y apareció un hombre con una chaqueta a cuadros. Tenía en la mano una bandeja llena de quesitos y sonreía.

—Señoras y caballeros, ¿a quién no le gusta una Vida Dulce? A cualquiera. Aquí, a mi diestra están las mejores posibilidades de felicidad. ¿Por qué? Porque es la mar de sencillo, porque en esta bandeja tengo los famosos quesos fabricados por esa casa que se preocupa del bienestar de todas las familias de los Estados Unidos… Ustedes lo saben tan bien como yo, nunca ha existido un quesito que se coma con más apetito…

Desapareció aquel tipo y ocupó su lugar otro que se puso a gritar:

—¡Damas y caballeros, ya tenemos aquí el primer participante de este concurso que está apasionando al país…! ¿Quién será el Hombre Más Inteligente de los Estados Unidos? ¿Quizá el señor Willy Clayton, apoderado de una importante firma comercial de Boston? Aquí lo tienen ustedes.

Apareció un hombre con gafas, aire de intelectual.

—¿Señor Clayton, está preparado? —preguntó jovialmente el locutor.

—Sí, señor Curson.

—Ya saben ustedes que estas preguntas no serán las que contestó por escrito. Son mucho más difíciles, y abarcan todas las ciencias. El Hombre Más Inteligente de los Estados Unidos ha de poseer unas facultades portentosas… Señor Clayton, vamos con la primera pregunta… ¿Cuáles fueron los habitantes genuinos del Paraguay? Tiene usted diez segundos para contestar…

El hombre con aire de intelectual sonrió con suficiencia y dijo:

—Los habitantes del Paraguay fueron varias tribus de la nación tipí-guarany.

—¡Bravo! ¡Sí, señor! ¡Acertó a la primera! ¿Y por qué la acertó a la primera? Porque come un queso, otro quesito y se queda con apetito… ¿Verdad, señor Clayton?

—Sí, señor, me gustan los quesitos de la Vida Dulce y también los comen mi esposa y mis hijos…

—¡Sí, señor Clayton, porque usted está acostumbrado a comer de lo mejor! ¡Y vamos con la segunda pregunta! ¡Atención! Cuando en Amsterdam, Holanda, son las tres horas, ¿qué hora es en San José de Costa Rica según el meridiano de Greenwich?

La sonrisa que mostraba el señor Clayton despareció como por encanto.

—¡Tiene diez segundos y ya han transcurrido tres! —le recordó Curson.

—¡Las nueve!

—¡Qué lástima! ¡No, señor! ¡No son las nueve! ¡Son las seis! Señor Clayton, usted ha llegado a esta fase por sus propios méritos y queremos obsequiarle con algo que usted desea más que nada en el mundo… ¡Mire a su derecha!

Clayton, todavía desconcertado por su fracaso, miró hacia la derecha. Una rubia sensacional empujaba un carrito lleno de quesos hasta lo alto.

—¡Ahí tiene, señor Clayton! —dijo el locutor—. Todo para usted, menos la rubia, claro…

El público estalló en carcajadas.

—Señor Clayton —prosiguió Curson—, es usted un hombre de suerte porque en este carro tiene cincuenta kilos de quesitos la Vida

Dulce… Gracias a eso, usted cuando termine el trabajo todos los días, correrá a su casa para besar a su mujer y a sus hijos. ¡Y para comer un quesito, otro quesito y quedarse con apetito!

Clayton empujó el carrito ayudado por la rubia, y el locutor que hacía las preguntas del concurso volvió a ocupar toda la pantalla.

—Damas y caballeros, hacemos venir al segundo concursante… ¡El señor Elmer Lutz!

Se oyó un terrible estruendo. La cámara enfocó hacia la derecha y se vio a un joven que se había hecho un lío con los cables, y que ahora cayó en el suelo. Trató de levantarse y se llevó consigo dos focos y uno de ellos pegó un tremendo fogonazo.

Las imágenes se sucedieron rápidamente y se vio a un locutor diciendo:

—Pero ¿qué está pasando ahí?

El abogado Cordell soltó una risotada.

—¿Lo ven ustedes? Ni siquiera va a tomar parte en el concurso. Es un retrasado mental…

Tom Wallace y Johnny Celentano rieron desaforadamente.

CAPÍTULO VI

Elmer Lutz estaba en el suelo, envuelto en un montón de cables.

—Demonios, ¿quién me echó encima un pulpo? ¡Sabotaje! ¡Sabotaje!

Dos hombres lo estaban recogiendo y trataban de quitarle de encima los cables, pero como Elmer también forcejeaba, el resultado fue que, en pocos segundos, los tres quedaron envueltos entre los cables, y danzaron de un lado para otro sin poder soltarse.

Al fin, Elmer volvió la cabeza para ver a aquellos dos fulanos y fue justamente a tropezar contra el hombre que tenía la bandeja en la mano, el de los quesitos.

La bandeja se fue por el aire con su contenido.

Dos jovencitas muy monas que ayudaban al locutor corrieron hacia allí. Una de ellas pisó un quesito y pegó un resbalón cayendo en el suelo. A la otra le ocurrió lo mismo.

El locutor cogió a una de las jóvenes para levantarla, pero también él resbaló y cayó en tierra.

Elmer se movía de un lado a otro, sin decidirse a quién coger. Por fin, ayudó a una de las jovencitas monas.

—Pero ¿qué les pasa a ustedes? ¡Ya sé! ¡Están demasiado emocionadas por el concurso! ¡Tranquilícense, muchachas! ¡Y usted también, hombre, que no pasa nada!

El jolgorio en el auditorio era sensacional. Las carcajadas atronaban la atmósfera.

En la cabina, el realizador se estaba volviendo loco porque no sabía qué imagen mandar por el aire, ya que todas las cámaras estaban fotografiándola catástrofe.

En la casa de Tom Wallace, Johnny Celentano, Harry Cordell y Geraldine se desternillaban de risa.

Celentano había sacado el pañuelo con el que se enjugaba las

lágrimas.

Tom Wallace, dirigiéndose a su abogado, dijo:

—Eh, Henry, te quedaste corto. No es un retrasado mental. Es un payaso.

Elmer Lutz estaba saludando al público. Entre éste se hallaban el doctor Murray y Peggy, la cual se cubría la cara con las manos.

—Profesor Murray, su invento no ha surtido efecto. Ya lo ha visto. Elmer sigue siendo el de antes…

—Debes tener más fe, muchacha. Todo lo que está pasando hasta ahora no tiene nada que ver con la inteligencia. Mi máquina de la Sabiduría sólo influye en la mente.

—¿Está seguro, profesor?

—Ojalá lo estuviera —dijo Murray hundiéndose en el sillón.

El locutor de televisión, Curson, se estaba acercando a Elmer dirigiéndole una mirada asesina, pero sonreía.

—Damas y caballeros, aquí tenemos al segundo concursante de hoy… ¿Cuál es su nombre?

—Concursante
B-3414…

—¡Dije su nombre!

—Elmer Eustaquio Eugenio Lutz.

—A su padre le gustaba mucho la E.

—No. Fue cosa de mi madre. Se llamaba Ethel y nació en enero, y si quiere saber la ciudad, le diré que fue Edimburgo.

—Perdone, pero no tenemos tiempo de ocuparnos de toda su familia.

—¿Cómo tiene la suya?

—No muy bien, gracias. La mayor con paperas…

—Eso es por haber comido tanto quesito.

El locutor miró a Elmer aterrado.

—Señor concursante
B-3414,
quiero decir Elmer… Eustaquio, Eugenio Lutz… Vamos con la primera pregunta.

—Cuando usted quiera, señor Curson.

—Dígame el área y la población de la República de Indonesia. Como usted sabe está formada por millares de islas. Tiene que dar

el área completa. No vale decir que se olvidó de alguna isla. Tiene que dar el área completa de todas las islas.

—El área de Indonesia es de
1 904 345
km2, y, según el último censo, el de 1964 su población es de
104 366 000.
La capital es Yakarta con
3 500 000
habitantes, Bandung con
1 050 000,
Palembang con
725 000;
Semarang con
650 000…
Son más de tres mil islas y están divididas en veintidós provincias…

El locutor había quedado con la boca abierta y Elmer dijo:

—Si quiere también le digo el color de la bandera. Dos franjas horizontales, una roja y una blanca, y puedo también decirle los ríos con su kilometraje…

—¡Oh, no! ¡No!

El público estalló en una gran ovación, pero la que más aplaudía era Peggy, que se había puesto de pie.

—¡Resultó, profesor! ¡Resultó!

Vio que Murray estaba muy serio.

—¿Qué le pasa, profesor?

—¿Cuánto tiempo ha pasado? Yo no tengo reloj. Lo olvidé como siempre.

—¡La hora! ¡Dios mío, es cierto! —La joven consultó su reloj de pulsera—. ¡Ya han pasado cuarenta y cinco minutos! Sólo faltan quince minutos para que la máquina deje de surtir efecto. ¿No puede prolongarlo, profesor?

—No. Dentro de quince minutos la mente de Elmer estará como antes.

—¡Y sólo han hecho la primera pregunta!

—Eh, ¿qué pasa ahí? —gritó Johnny Celentano señalando a Elmer Lutz, que sonreía en la pantalla—. ¿Cómo pudo pasar eso, abogado?

—No entiendo…

—Usted no comprende ni entiende nada…

—Están en combinación. ¡Eso es! ¡Están en combinación!

—Le falta por saber una cosa, abogado… Que la casa la Dulce Vida forma parte de nuestra organización.

—¿De la Cosa Nostra?

—¡Sí, de la Cosa Nostra! Ya establecimos quién va a ganar el premio.

—¿Elmer Lutz?

—No sea estúpido. ¿Cómo va a ser Elmer Lutz? Va a ganar un sobrino mío que ya sabe las preguntas que le van a hacer. ¿Lo va entendiendo? No va a ganar nadie, absolutamente nadie. A no ser que se llame Marco Cartenuto y Marco Cartenuto es mi sobrino… Y por último, señor Cordell, si el supuesto propietario de la Dulce Vida se equivocase, le costaría el pellejo. Por tanto, no puede equivocarse…

—¿Y si se hubiese muerto el propietario y hubiese otro ahora?

—Lo que dice es una tontería, pero lo voy a comprobar.

Celentano marcó un número en el dial.

—¿Alberto Pavoni? Soy Johnny Celentano… ¿Sigue siendo usted el patrón de la Dulce Vida? Ya suponía que sí, Pavoni. ¿Qué pasa con ese concurso? Lo está viendo, ¿eh? Y usted también se asombra de la respuesta de ese tipo —estaba mirando al abogado—. ¿Qué dice de mi sobrino? Será el ganador dentro de dos semanas, ¿eh? Muy bien. Quería cerciorarme… No, no me preocupo. Seguro que ese Elmer Lutz cae en la próxima. Será como usted dice. La casualidad… Gracias, Pavoni.

Colgó y, más tranquilo, dijo:

—Todo está en orden. Fue puro azar.

El locutor estaba diciendo:

—¡Damas y caballeros, vamos a hacer la segunda pregunta a Elmer Eustaquio!

En los estudios de T. V., Curson dijo:

—La velocidad del sonido no es constante, señor Lutz. Varía según el medio y la temperatura. Es menor en los gases, más rápido en los líquidos y mayor aún en los sólidos. Señor concursante B-3414.

Usted me va a decir ahora cuál es la velocidad del sonido en el aire a cero grados centígrados, a 20 grados centígrados, y a 100 grados centígrados, y también cuál es la velocidad del sonido en el agua a 40 grados centígrados, en el cobre a 20 grados centígrados y en el hierro a 20 grados centígrados… —El locutor hizo una pausa y exclamó triunfante—: ¡Tiene diez segundos!

Elmer respiró profundamente y dijo:

—La velocidad del sonido en el aire a cero grados centígrados, a 20 grados centígrados y a 100 grados centígrados es, respectivamente, de 332, 344, y 386 metros por segundo… La velocidad del sonido en el agua a 40 grados centígrados es de 1440 metros por segundo… En el cobre a 20 grados centígrados, 3550 metros por segundo, y por último, en el hierro a 20 grados centígrados, es de 5130 metros por segundo.

El locutor estaba leyendo la respuesta en el papel que tenía en la mano, moviendo los labios, y cuando Elmer terminó, se tambaleó como si le hubiesen pegado un mazazo en la cabeza.

—La respuesta fue correcta —dijo con voz de moribundo.

En el auditorio se armó un escándalo terrible porque la gente gritaba, aplaudía y chillaba.

Tom Wallace estaba pálido, el abogado Cordell se había encogido en el sillón y Johnny Celentano tenía los ojos desorbitados, fijos en la pantalla donde Elmer Lutz saludaba al público como un boxeador, con las manos cogidas y en alto. La rubia platino, Geraldine Shannon, exclamó:

—Eh, Tom, a mí no me parece ese tipo un retrasado mental.

—Cállate y empieza a maullar.

—Miau.

—¡No maúlles!

—¿Qué quieres que haga entonces?

—¡Que cierres el pico!

Johnny Celentano estaba fumando un habano de los caros y de pronto lo arrojó contra la pared.

—¿Qué infiernos pasa ahí, Tom?

—Yo no sé nada… Nada.

—Eso es lo peor. ¡Que no sabes nada! Acertó la segunda pregunta. ¿También es casualidad? ¡Contesta, picapleitos!

Cordell tragó saliva y dijo:

—El muchacho ha estado en la Universidad. Recuerde que ha servido de camarero. Ha podido estudiar algunas cosas… Y justamente son las que le están preguntando… Es eso. Pura casualidad.

—Reza porque así sea, leguleyo —sentenció Celentano.

—¿Cuánto falta, Peggy? —preguntó el profesor Murray.

—Diez minutos.

—¡Se pasará! ¡Se pasará!

—¡Dese prisa, señor locutor! ¡Dese prisa, señor locutor! —gritó Peggy, pero no podía ser escuchada porque las ovaciones ensordecían su voz.

—Bravo Elmer —exclamaba Curson—. Muy bien, Elmer… Ahí va la tercera pregunta… ¿Qué drogas se descubrieron durante la década del cuarenta, es decir desde 1940 a 1950, y cuáles son sus aplicaciones?

—En 1940, la penicilina, antibiótico… En 1941, la sulfadiazina, bactericida; en 1942, el demerol, analgésico sintético; en 1943, el LSD-25, alucinógeno; en 1944 la bencedrina y la dexadrina, inhibidores de fatigas; en 1947, la cloromicetina, antibiótico; 1948 fue un buen año, la aureomicina, antibiótico; la cortisona, activa contra diversas enfermedades; la bacitracina, antibiótico, y la vitamina B-12, contra la anemia perniciosa; en 1949, la tirotricina, bactericida, y la dramanina, antinauseante; en 1950, la droga mustargen, empleada en el tratamiento del cáncer… ¿Quiere que siga hasta el año 1967?

El locutor gimió:

—No, no hace falta… ¡Válida la tercera respuesta!

De nuevo estallaron las ovaciones, pero esta vez Peggy no aplaudía porque estaba llena de pánico.

—¡Profesor, faltan sólo seis minutos y aún quedan dos preguntas! ¡No lo logrará! ¡No lo logrará!

—Si al menos la gente dejase de aplaudir.

—¡Por favor! ¡No aplaudan! ¡Pueden poner nervioso a Elmer! ¡Cállense!

Pero nadie la escuchaba. Los espectadores de pie estaban locos con aquel prodigioso concursante.

El locutor Curson recibió una señal de un compañero y se apartó de la cámara.

Había una llamada telefónica para él y atendió el auricular.

—Diga, señor Pavoni… Lo siento señor Pavoni, pero este tipo es un fenómeno… ¿Más difíciles? ¡Pero si le estamos preguntando lo más difícil! Sí, sí, señor Pavoni, debo cargármelo, pero dígame cómo… ¿Que me despedirá? Sí, señor Pavoni. Haré todo lo posible, señor Pavoni. Oh, sí, ya entiendo. Una pregunta que tenga que hacer muchas operaciones aritméticas y le pasarán los diez segundos… Demonios, es cierto… Preguntaré a nuestro especialista de aritmética. No se preocupe, señor Pavoni. Nos lo cargaremos ahora.

El locutor se dirigió a una mesa en donde había cinco hombres. Habló con uno de ellos y éste consultó un libro y escribió algo en un papel.

El locutor, con aquel papel en la mano, se dirigió triunfante hacia Elmer, que seguía saludando al público.

—Bravo, Elmer. Es usted único. Sí, señor… Ahora quiero recordarle que sigue contando solo con diez segundos para dar la respuesta. Verá, se trata de unas operaciones de aritmética. Pero, dado su cerebro, estoy seguro de que no fallará —había mucho sarcasmo en su voz.

—Cuando usted quiera, señor Curson.

—Me va a decir el cuadrado, el cubo, la raíz cuadrada y la raíz cúbica del número 85… —Curson apretó los dientes—. ¡Y tiene diez segundos!

Elmer canturreó con rapidez.

—El cuadrado de 85 es 7225, el cubo,
614 125,
la raíz cuadrada, 9,273, y la raíz cúbica, 4,396…

El locutor no apartaba los ojos del papel y, cuando Elmer hubo terminado, lo tiró por encima de su cabeza.

—Vale —dijo con amargura.

Los espectadores prorrumpieron otra vez en chillidos y ovaciones como si en el escenario en lugar de Elmer, se encontrasen Tom Jones, los Beatles y Raquel Welch, todos al mismo tiempo.

—¿Cuánto falta para que terminen los sesenta minutos, Peggy? —preguntó el profesor Murray.

—Un minuto, profesor.

—Se acabó.

—Sí, profesor. Elmer no tendrá tiempo para contestar. Cuando el locutor haga la pregunta, ya habrá terminado la hora… Oiga, ¿y si usted se hubiese equivocado y los efectos durasen más de una hora?

—No, Peggy. No ha existido error por mi parte. Son sólo sesenta minutos. Es lo más que pude alcanzar con la máquina.

—En fin, usted hizo lo que pudo… Pobre Elmer… Sus respuestas no han servido de nada porque fallará en la última…

La gente seguía aplaudiendo y el locutor Curson se las deseaba para imponer silencio.

Peggy dijo:

—Ya pasó el minuto.

Ella y el profesor tenían la mirada fija en Elmer y vieron cómo el joven daba una sacudida y luego otra.

Elmer se fue hacia la derecha pegando sacudidas y luego hacia la izquierda, y sus ojos se pusieron bizcos, y luego soltó un aullido.

—¿Qué le pasa a Elmer, profesor? —gritó Peggy.

—Son los efectos que debe sufrir al perder su sabiduría. Se está convirtiendo en un hombre normal…

—No tan normal, profesor… ¡Está bizco!…

—Se le pasará en seguida.

El locutor Curson miraba a Elmer boquiabierto.

—Eh, Elmer, ¿qué le pasa?

Lutz sacudió la cabeza y se la sujetó con las manos. Miró al locutor, a la gente que había allí y de pronto pegó un salto y se colgó del cuello de Curson, quedando en sus brazos, como un niño asustado.

—¡Dios mío, cuánta gente!

—Pero ¿qué hace, Elmer?

—¿A qué he venido aquí? ¡Quiero irme a mi casa! ¡Me da pánico la gente!

—Pero, Elmer…

Curson pidió ayuda y dos hombres atraparon a Elmer y lo bajaron de sus brazos.

—Elmer, falta la quinta pregunta —dijo Curson.

—¿Qué quinta pregunta?

—La última del concurso.

Elmer descubrió a Peggy, que lo saludaba débilmente con la mano.

—Oiga, ahí está mi novia. Si le parece, me voy con ella y vuelvo mañana.

—¿Quiere decir que renuncia a los seis mil dólares? —Le pegó una palmada en la espalda—. Estupendo, Elmer. Así se nace. Es usted un hombre generoso porque quiere dar una oportunidad a otros… Usted es uno de esos hombres que el día que se muera tendrán un gran funeral.

—¿Ha dicho funeral? Oiga, me quedo.

—¿Que se queda?

—Sí, claro. No tengo más remedio… Ande, hágame esa quinta pregunta —Elmer se pasó una mano por la cara y gimió—. Pero que sea facilita.

Curson tenía cara de asesino porque Elmer había vuelto a cambiar de idea.

—Conque quiere continuar, ¿eh?… Muy bien. Pero tendrá que concederme un descanso de un par de minutos. Estoy mareado.

—Sí, señor. Todos los descansos que usted quiera.

Curson gritó:

—Damas y caballeros, ningún concursante había llegado hasta la quinta pregunta. El que más lejos llegó fue a la segunda, y aquí Elmer Eustaquio Eugenio Lutz ha llegado hasta la quinta pregunta… La emoción me atenaza la garganta… Señoras y caballeros, concédanme unos instantes. Para ustedes también será bueno, puesto que deben encontrarse en las mismas condiciones que yo…

—¡Ese locutor es un cretino! —gritó Tom Wallace—. ¡Me lo voy a cargar! ¿Lo oís? ¡Me lo voy a cargar!

—Tú no te vas a cargar a nadie, Tom —repuso Johnny Celentano—. Porque si empezásemos a cargarnos a gente, empezaríamos por una persona que no quiero señalar, pero que estoy mirando.

El abogado Cordell soltó un quejido porque los ojos de Johnny lo miraban a él.

—Pensé que era una buena idea lo del préstamo, señor Celentano.

—Sí, tú pensaste que era una buena idea, pero ¿qué va a pasar ahora? ¡Que Elmer va a ganar los seis mil dólares!

—¡No los ganará!

—¿Quién dijo que ese camarero era un retrasado mental? ¡Ese tipo es una enciclopedia!

Geraldine dijo:

—Yo también estudié en una enciclopedia y no sé nada.

—Tú a callar, animal —dijo Tom.

—Tú eres más animal que yo, ¿verdad, señor Celentano? —Abanicó las pestañas la rubia platino porque sabía los estragos que estaba produciendo en Johnny.

Tom se puso lívido.

—Nena, te voy a cambiar de peluca y va a ser de un tortazo.

—¡Silencio! —gritó Celentano—. Quiero oír lo que pasa ahí dentro… —Estaba señalando el televisor…

CAPÍTULO VII

El locutor Philip Curson dialogaba con el director del programa, un tipo calvito que se pasaba un pañuelo por la sudorosa cara.

—Éste es nuestro final, Curson. Acaba de llamarme por teléfono Pavoni.

—¿Ese fulano otra vez, Samuel?

—Me dijo que si este tipo gana, tendremos que dedicarnos a recoger papeles.

—¿Qué se te ocurre para derrotarlo?

—Pregunta a los especialistas.

—Ya pregunté a los especialistas y no sirvió de nada.

El director del programa, Samuel Barton, hizo chascar los dedos.

—¡Complicación! ¡Ése es el secreto!

—No te entiendo, Samuel.

—Es la mar de sencillo. Le hacemos una pregunta que tenga respuestas lógicas. Tendrá que elegir una de ellas. ¡Y fallará!

—¿A qué te refieres?

—Le preguntarás: ¿Por qué está usted aquí?

—¿Por qué está usted aquí? —repitió Curson asombrado.

—Anda, Philip, ¿qué contestarías tú?

—Porque quiero ganar los seis mil dólares.

—¡Respuesta incorrecta! Quedas descalificado —sonrió Samuel Barton—. Otra respuesta. ¿Por qué está usted aquí?

—Porque contesté previamente a las cinco preguntas por escrito del concurso y me calificaron para la fase final.

—¡Respuesta incorrecta! Descalificado —continuó sonriendo Samuel Barton—. Otra.

—Y yo qué sé… ¡Espera!… ¡Ya lo tengo!… Estoy aquí porque como los quesitos la Dulce Vida.

—Respuesta incorrecta. Descalificado.

—Pero ¿cuál es la respuesta correcta?

—Elmer Lutz está aquí por su madre.

—¿Por su madre?

—Porque su madre lo trajo al mundo.

—¡Dio mío, eso es cierto! ¡No lo sabrá!… ¡No lo sabrá!…

—Adelante, Curson, y cárgatelo de una vez.

Philip Curson se frotó las manos y, con un gesto de sadismo, se dirigió hacia Elmer.

—¿Qué tal va eso, Elmer? ¿Ya descansó?

Elmer estaba a punto de llorar. No sabía nada de nada. Había perdido su sabiduría.

—Eh, señor Curson, se me ocurre una idea. ¿Por qué no suspendemos una hora el programa? Yo vuelvo en seguida. Tengo que ir al laboratorio, quiero decir a tirar una carta…

—No, Elmer. Vamos a terminar en seguida.

—Pero ¿no ve usted al público emocionado? ¿Por qué no lo suspendemos y vuelvo mañana o pasado?

—No, Elmer. Una de las bases del concurso es que las preguntas han de hacerse en una sola sesión.

Ya se había hecho un silencio y ahora Curson había pasado su brazo paternalmente por los hombros de Elmer.

—Damas y caballeros, aquí tenemos a un monstruo.

Elmer miró a sus espaldas buscando al monstruo y la gente rió.

—Eh, señor Curson, no debería decir eso. Yo no soy ningún monstruo. Tengo dos piernas, dos brazos y una cabeza como los demás…

Eso provocó un nuevo alud de carcajadas y esta vez también Curson rió de buena gana.

—¿Lo han oído? Una cabeza como los demás… Qué modesto… Qué sencillo… Elmer, es usted un hombre privilegiado, sí, señor, y por eso no tengo más remedio que hacerle una pregunta, la última, que cómo es lógico y natural será la más complicada de todas.

Elmer, al oír aquello, dobló las piernas y Curson lo tuvo que sujetar para que no cayese.

—Sí, señor, la más complicada —replicó Curson—. Pero si usted la contesta, habrá ganado seis mil hermosos dólares… La pregunta es ésta…

Curson dejó correr unos segundos. Ahora el silencio era sepulcral.

—¿Por qué está usted aquí, Elmer?

—¿Eh?

—La pregunta es ésa. ¿Por qué está usted aquí? Pero le advierto que tiene que dar la respuesta exacta.

Elmer, gimiendo, levantó la cara hacia el techo y murmuró:

—Mamá…

Curson miró a Elmer aterrado y ahora fue él quien dobló las piernas.

—¡Acertó!… —dijo y cayó en el suelo.

Elmer se quedó inmóvil, mirando a sus pies a Curson desmayado.

La gente estaba vociferando y Elmer empezó a gritar:

—¡Soy un genio…! ¡Soy el mejor…! —Se golpeaba en el pecho —. ¡Lo sé todo…! ¡Soy los Siete Sabios de Grecia…!

Muchachas y muchachos subieron al escenario y atraparon a Elmer, izándolo en hombros.

—¡No hay nadie como yo…! —seguía gritando Elmer riendo, enseñando su dentadura—. ¡Sé más que el Presidente…! ¡Llévenme a la Casa Blanca y le mojo la oreja…!

Peggy abrazaba llorando al profesor Murray.

—¡Profesor, salió bien…! ¡Salió bien…! ¿Lo ve usted? Los efectos de la máquina se prolongaron.

—No, Peggy, no se prolongaron. Acertó porque se estaba encomendando a su madre.

Philip Curson, en el escenario, se puso en pie por su propio esfuerzo y, tambaleándose, dijo por el micrófono:

—Un quesito y otro quesito y te quedas con apetito.

El director del programa, Samuel Barton, le aplastó en la boca un queso del tamaño de una tarta para doce personas.

—¡Toma queso, imbécil!

Curson volvió a caer en el suelo porque el queso era blando y se le había hundido en la cara.

En el salón de Tom Wallace reinaba el mayor desconcierto.

El abogado Cordell corría alrededor de una mesa perseguido por Tom Wallace y Johnny Celentano.

—¡No! ¡Al fondo del lago, no! ¡Al fondo del lago, no!

—¡Miau! —dijo Geraldine.

—¡Te dije que dejases de maullar! —gritó Wallace, que ya había

atrapado al abogado por el cuello.

—Es que quiero decirte algo con respecto a Elmer Lutz.

—¿Qué cosa?

—Me ofrecí para conquistarlo… ¿No me crees una mujer capaz de hacer gastar a un hombre seis mil dólares, Tom?

—¡Sí, déjenla! —gritó el abogado—. ¡Es una buena idea! Geraldine lo enamorará y lo desplumará.

—No tendrá tiempo para enamorarlo. Mañana mismo Elmer Lutz pagará los cinco mil dólares —Wallace siguió apretando el cuello de Cordell, cuyos ojos empezaron a salir de las órbitas.

El abogado todavía tuvo fuerzas para decir:

—Dinamita.

—Yo te voy a dar a ti dinamita, maldito picapleitos.

—Un momento, Tom —intervino Johnny Celentano—. No lo estrangules.

—¿Por qué?

—Porque creo que ha dado en el clavo.

—¿Dinamita?

—Sí. Bastará con poner unos cuantos cartuchos en la funeraria. Se producirá la explosión y quedará en ruinas. Entonces Elmer no tendrá más remedio que vender, especialmente si se le da buen precio. ¿Qué va a hacer él con un montón de escombros? Pero esta vez, para que las cosas salgan bien, yo seré el comprador.

—¿Por qué?

—Porque a ti te tiene conocido por la porquería del préstamo.

—Sí, Johnny, creo que tiene razón.

—Entonces está aprobado. Dinamitaremos la funeraria de Elmer Lutz. Y va a ser cuanto antes.

—Se me acabó el tabaco —dijo Tom Wallace—. Ahora mismo vuelvo.

—¿No quieres de los míos? —preguntó Celentano.

—Perdona, Johnny, estoy acostumbrado a fumar los de mi marca.

Tom Wallace salió de la estancia y se encaminó a otra habitación. Allí lo esperaban dos hombres.

—Muchachos —dijo—, quiero que hagáis un trabajo especial.

—¿De qué se trata?

—De un asalto.

—¿Qué Banco?

—No es un Banco, muchachos. Se trata de Elmer Lutz —Wallace señaló el aparato de televisión que había allí—. Es el tipo que acaba de ganar los seis mil dólares. Vuestro trabajo consiste en limpiarle los seis mil dólares. Si os dais prisa, atraparéis al muchacho en los mismos estudios de T.

V. Tardará

en salir.

—Descuide, jefe —dijo el más alto—. Nos ocuparemos de ese fulano, y ya puede dar por descontado que esta noche se acostará sin los seis mil dólares.

Wallace esperó a que sus dos hombres hubiesen salido de la estancia. Entonces atrapó un paquete de cigarrillos de la marca que fumaba y, sonriente, regresó al salón en donde lo esperaba su compañero del Comité Ejecutivo de la Cosa Nostra.

CAPÍTULO VIII

—¡Lo conseguiste, Elmer!

Peggy se colgó del cuello de Lutz y los dos juntaron sus bocas.

Ella retiró la cara y preguntó sonriente:

—¿Qué dices ahora de mi carga positiva, Elmer?

—No sé a qué te refieres, Peggy…

—Oh, es verdad. Ya no te acuerdas… Pero no importa, Elmer… Salvaste tu negocio. Seré la esposa del hombre más inteligente de los Estados Unidos…

—Eh, Peggy, yo no soy el hombre más inteligente.

—Saldrás en los periódicos y te considerarán así.

—Pero yo no lo soy realmente, ¿o has pensado que el profesor me electrocute todos los días?

—Nada de electricidad. Te quiero en tu propio jugo.

Elmer mostró el paquete de los seis mil dólares que acababa de recibir de manos del director del programa la Dulce Vida.

—Qué lástima que no nos quedemos con este dinero, Peggy.

—No importa, Elmer. Sobran mil dólares y tendremos bastante para casarnos. Profesor, ¿quiere ser nuestro padrino de boda?

—Desde luego. Ya podéis contar conmigo, y también podéis contar con «Napoleón».

—No puede, profesor —repuso Elmer—. Ya perdió el habla.

—Oh, sí. Es verdad. Qué lástima. A «Napoleón» le habría gustado mucho.

Se encontraban en un restaurante, el Edén. A Elmer le había costado mucho trabajo desembarazarse de sus admiradores.

—Eh, Peggy, firmé más autógrafos que Rock Hudson.

—Y no me gustó nada.

—¿Por qué?

—Por las chicas que te apretujaban.

—¿De verdad había chicas a mi alrededor?

—Claro que las había. Por docenas.

—¿Crees que las podía ver? Yo estaba entusiasmado y sólo quería verte a ti.

—Júralo.

Elmer levantó una mano.

—Jurado está.

—¿Prometes serme fiel hasta que la muerte nos separe?

—Prometido está. Te declaro mujer de Elmer Lutz.

Luego Elmer besó a Peggy en los labios entreabiertos.

El profesor Murray cogió un montón de galletas y las desparramó por encima de la cabeza de los dos jóvenes mientras gritaba:

—¡Felicidades…!

Dos hombres se levantaron de una mesa y dirigiéronse hacia donde estaban Peggy, Elmer y el profesor Murray.

Sin dar explicaciones, ocuparon sendas sillas.

—Felicítenlos, amigos —dijo el despistado profesor—. Se han casado.

Peggy y Elmer se apartaron y éste dijo:

—Profesor, no vienen a eso. Seguro que quieren un autógrafo.

—¿Cómo lo adivinó? —preguntó Alfred Michigan, de profesión salteador, asesino y presidiario.

—Soy el hombre del día.

El compañero de Alfred Michigan, Frederick Weld, incendiario, especialista en matar ancianos, rió entre dientes:

—Sí, Elmer. Usted es nuestro hombre.

Elmer sacó un bolígrafo.

—Pues ahora mismo les firmo, en cuanto me den algo para ello.

Alfred Michigan sacó una pistola y la puso sobre la mesa diciendo:

—Firme aquí.

—Con mucho gusto —dijo Elmer y se puso a firmar sobre la pistola.

—Gracias —dijo Alfred—. Es usted muy amable —pero se quedó con la pistola encima de la mesa.

Frederick sacó otra pistola y dijo:

—Yo también quiero un autógrafo, Elmer, aunque mi costumbre es hacer una muesca.

—¿Una muesca?

—Por cada persona que mato.

El profesor se fue a levantar, pero Alfred Michigan le puso una mano en el hombro.

—Quieto, profesor, o la sangre manchará su camisa.

Peggy gritó:

—¡Son unos bandidos, Elmer!

—Bueno, también tiene derecho a un autógrafo —dijo Elmer—. Seguro que quieren presumir cuando los encierren.

Alfred Michigan sonrió con los dientes apretados.

—Quizá nos encierren por dar muerte al hombre más inteligente de los Estados Unidos…

—Pues suerte para encontrarlo —dijo Lutz.

—Eres tú.

—¿Quién?

—Tú, Elmer. Acaban de hacer tu proclamación en T. V., y te vieron cien millones de televidentes.

Elmer sonrió.

—Caramba, tiene usted razón. Vámonos.

—Tú no vas a ir a ninguna parte, Elmer, o sales de aquí difunto.

—Eh, oiga, amigo, la funeraria la tengo un poco lejos.

—Sin embargo, se va a celebrar tu entierro a no ser que entregues la pasta. Y ya sabes a qué pasta me refiero, a los seis mil dólares que te dieron.

—No me digan que ustedes son Inspectores del Departamento del Tesoro… Quieren los impuestos, ¿eh? Correcto. Mañana haré la declaración.

—Muy gracioso, Elmer, muy gracioso.

—Celebro que le guste… Y ahora, adiós.

—Elmer, te estás ganando una bala en el trozo de pecho donde tienes el corazón…

—Eh, amigo, ¿por qué no es mi amigo?

—¿Para qué?

—Para beber juntos un trago de *whisky*.

—No quiero *whisky*.

—¿Champaña?

—No quiero champaña.

—Muy bien. Que sea vodka.

—Basta de *whisky*, basta de champaña, basta de vodka…

Elmer hizo chascar los dedos a un camarero que pasaba por allí.

—Un doble de cerveza para el amigo —se dirigió a Frederick Weld—. ¿Y usted qué quiere?

—Nada.

—Un doble de nada.

El camarero se había detenido y arrugando el ceño dijo:

—¿El nada sobre las rocas?

—Sí, camarero, pero no abuse porque a mi amigo se le sube a la cabeza.

El camarero se marchó desconcertado, pero más desconcertados estaban los dos salteadores, asesinos y presidiarios.

Michigan pegó con la pistola en la mesa.

—¡Ya basta, Elmer!

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se pone así…? ¡Ya lo comprendo! Usted quiere que lo fotografíe. Muy bien, ahora mismo le hacen la foto para que salga conmigo en los periódicos —hizo chascar los dedos—. ¡Eh, fotógrafo!

Un fotógrafo se acercó rápidamente.

—¡Pero si es usted Elmer Lutz, el hombre más famoso de Los Ángeles, de California, de todo el país! Por favor, señor Lutz, deje que le tire una placa.

—Todas las que quiera, pero ha de ser con mis amigos…

Elmer cogió la barbilla de Michigan y se la levantó unas pulgadas.

—Así, sonría.

Michigan, hecho un lío, sonrió al fotógrafo.

Elmer pegó con la servilleta en la cabeza de Weld.

—Eh, usted no estire tanto el cuello, que no le van a hacer la ficha para la policía…

Frederick Weld compuso un gesto muy triste, pero logró sacar una sonrisa tras un esfuerzo.

El fotógrafo disparó el *flash*.

—¡Qué cuadro! ¡Qué fotografía…!

—¿Me quiere hacer un favor, amigo? —dijo Elmer.

—Lo que usted quiera.

—Mande una copia a la policía de Los Ángeles, otra al FBI, y otra a la CIA.

Michigan y Weld se levantaron como si la silla les quemase y echaron a correr, desapareciendo en pocos segundos del local.

Peggy se relajó.

—Elmer, creo que me voy a desmayar.

—Desmáyate en mis brazos —dijo Elmer y la sujetó atrayéndola contra sí.

El profesor Murray dijo:

—Elmer, es un peligro que tengas encima esos seis mil dólares.

—Tiene razón —dijo el joven y quitándose un zapato dejó allí el dinero. Se lo volvió a poner—. Ya está.

El profesor cerró los ojos, los volvió a abrir y dio un suspiro.

El camarero llegó a la mesa trayendo un doble de cerveza y un vaso que sólo contenía dos trozos de hielo.

—Tengo que pedirle perdón, señor —dijo a Elmer—. Se me fue la mano en nada.

Elmer entró en la funeraria cojeando y Dean Oven, que estaba detrás del mostrador, dijo:

—¿Jugaste un partido de *rugby*?

—No, Dean. Sólo ocurrió que gané seis mil dólares en la T. V.

—Demonios, le dije a tu tío que me pusiese un aparato, pero alegó que era poco serio para una empresa de pompas fúnebres.

Elmer se quitó el zapato y exhaló el aire de sus pulmones mientras extraía el paquete de billetes.

—Menos mal que acabé ya la carrera…

—¡Dios mío, pero si es verdad! ¡Seis mil dólares…!

—Soy el hombre más inteligente de los Estados Unidos.

—Así va la nación.

—¡Dean, te prohíbo que desmoralices al pueblo americano!

—Lo siento, Elmer. Debe ser que leo demasiada prensa. Me faltan dedos de las manos para contar las tonterías que nuestros dirigentes hacen todos los días.

—¿Eres político, Dean?

—No. Funerario.

—Yo también lo soy ahora, de modo que dejemos la política a los menos listos que nosotros.

—Tienes razón, Elmer.

—Lo importante es que podemos pagar los cinco mil dólares que

mi tío recibió prestados del señor Wallace.

—Es una suerte.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un hombre que vestía de oscuro.

—Caballeros, buenas noches.

Era delgado, de mejillas chupadas, sienes hundidas, y su voz sonaba lúgubre.

—Necesito sus servicios —dijo.

Hasta ahora, Elmer y Dean no habían abierto la boca ya que habían quedado perplejos.

—Eh, usted me recuerda a alguien —dijo Elmer.

—Creo que no nos hemos visto nunca.

—¡Ya lo tengo!

—¿Sí? ¿A quién le recuerdo?

—A Drácula.

El tipo contestó sin sonreír:

—No es ése mi nombre.

—Bueno, entonces debe de ser su hermano gemelo.

—¿Es usted Elmer Lutz?

—Sí, con él tiene usted el gusto de hablar.

—Señor Lutz, le traigo un muerto.

—Apuesto a que ya le chupó la sangre, y como ya no le sirve, nos lo trae a nosotros.

—Señor Lutz, espero que esté hablando en broma.

—Bueno, no las tengo todas conmigo, pero si usted dice que no tiene nada que ver con el conde, por mi asunto arreglado.

—Se trata de mi primo Donald.

—No será el pato.

—¡Señor Lutz!

—Oh, disculpe, estoy un poco nervioso. Gané mucho dinero esta noche. Continúe, conde…

El tipo hizo un gesto de reconvención pero pasó por alto el tratamiento aristocrático y dijo:

—Mi primo Donald ordenó que se le quemase y espero que usted lo haga.

—Tenemos un hermoso horno para eso, conde, y ya puede estar seguro de que de su primo Donald no va a quedar ni el forro… Anda, Dean, ocúpate de eso.

El desconocido levantó la mano.

—No, señor Lutz. No quiero que se haga ahora.

—¿Por qué no?

—Mi primo Donald dijo que lo incinerasen de día. Le tenía miedo a la noche. Son últimas voluntades que uno ha de respetar.

—Como usted quiera. Díganos adónde tenemos que ir a por su primo Donald.

—Está aquí.

—¿Vino por su propio pie?

—¡Señor Lutz!

—Oh, perdón. Está muerto. Ya se lo he dicho antes, estoy hecho un lío, pero usted sabrá disculparme, conde.

—Señor Lutz, he traído a mi primo Donald para que pase aquí la noche.

—Pues ha elegido el mejor sitio. Desde ahora le prometo que su primo será bien atendido.

—Eso espero. Y ya lo sabe. Mañana al amanecer…

—Primo al horno.

Los ojos del tipo enlutado brillaron fieramente, pero se contuvo.

—Daré orden de que lo pasen.

Se fue hacia la puerta, la abrió, e hizo una señal hacia afuera. Cuatro hombres tan enlutados como el primero entraron portando en sus hombros un ataúd.

—¿Dónde lo ponemos, señor Lutz? —preguntó el primo del muerto.

—¿Qué sala tenemos disponible, Dean?

—La segunda sala conforme se entra a la derecha.

Los cuatro hombres desparecieron llevando consigo el ataúd, pero se quedó allí el tipo de las sienes hundidas.

—Señor Lutz, dígame qué le debo por el servicio.

—Cien dólares.

—¿No le parece demasiado caro?

—Nuestro fuego es de primera categoría, conde. Su primo Donald va a recibir el mismo tratamiento que si estuviese en el infierno.

—Está bien. Cien dólares.

Sienes Hundidas, dejó los cien dólares en el tablero y Elmer los hizo desaparecer en un cajón.

Oyéronse nuevamente pasos y salieron los cuatro hombres, ahora sin el ataúd.

—Buenas noches, caballeros —dijo el hombre que había pagado el servicio y echó a andar tras de sus cuatro compañeros.

—Eh, conde… —dijo Elmer.

—¿Sí? —preguntó el aludido volviéndose.

—¿Le mandó las cenizas a su castillo de los Cárpatos o viene usted a recogerlas?

—Señor Lutz, el primo Donald era la oveja negra de la familia. No queremos saber nada ya de él. Yo cumplí con mi obligación. Es lo menos que podía hacer por él, pero se acabó.

Luego dio media vuelta y salió del local.

Dean se rascó una oreja.

—¿He visto bien o fue una pesadilla?

—Realidad, Dean, realidad.

—Elmer, aquí están pasando muchas cosas raras que no habían pasado antes, y no me preguntes por qué.

—Dean, hemos de dar servicio a toda clase de personas, aunque nos parezcan extrañas. Ese hombre que acaba de salir estaba conturbado por la muerte de su primo Donald. Hemos de ser comprensivos con nuestros semejantes y seguirles la corriente. ¿No viste lo que hice yo?

—Sí, lo hiciste tan bien que por un momento creí que el conde Drácula, o como quiera que se llame, iba a saltar sobre ti para morderte en el cuello.

—Bien, Dean. Yo me voy a dormir. Tuve un día con mucho jaleo.

—Me corresponde la guardia.

Elmer se dirigió hacia la escalera que comunicaba con el piso superior, donde estaban los dormitorios.

—Eh, Dean, que no se te escape ningún muerto.

Dean sacudió la cabeza mientras se echaba a reír.

El hombre enlutado que había pagado los cien dólares por la incineración de su primo Donald, habló por el teléfono.

—¿Señor Celentano…? Soy Julius Hunter… Todo salió bien… El ataúd con la dinamita está ya en una de las salas de la funeraria… ¿Cuánta dinamita? Para volar el edificio… Sí, señor Celentano… Los muertos van a quedar más muertos, y los vivos quedarán

muertos… Gracias, señor Celentano. Es muy amable al darme su felicitación. ¿A qué hora…? A la que usted dijo… Justo a las doce de la noche… Luego colgó y sonrió satisfecho.

CAPÍTULO IX

Dean Oven recibió un gran susto al ver a Elmer aparecer por la escalera que conducía a los dormitorios.

—Elmer, si padeciese del corazón, ya estaría muerto…

—No está bien que diga eso un empleado de una funeraria.

—¿No ibas a dormir?

—Eso pensé, pero ya te dije que fueron demasiadas emociones para un solo día. Estoy desvelado.

—Yo también. Ya sabes, aprovecho a veces la guardia para echar una cabezada. Antes me di una vuelta por ahí dentro y ¿sabes lo que oí?

—¿Algún fiambre te dirigió la palabra?

—Elmer, no seas macabro.

—¿Qué es lo que oíste entonces?

—El

tic-tac

de un reloj.

—Bueno, habrá un reloj.

—No, no hay ninguno en la sala donde está el muerto que dejó el conde. Me estoy refiriendo al primo Donald.

—Eso sí que es curioso. ¿Qué hora es?

—Las doce menos diez.

—Vamos a dar una vuelta por ahí dentro. Yo también quiero oír ese reloj. Seguro que fue una alucinación tuya.

—Conque sí, ¿eh? ¿Crees que he estado tantos años en una funeraria y ahora estoy loco?

—Eh, no te embales. No he dicho tanto. Pero lo mejor es que lo comprobemos.

—Claro que lo comprobaremos.

Fueron a la sala en donde los cuatro hombres enlutados habían dejado aquel ataúd, cuyo muerto debería ser incinerado al día

siguiente, cuando fuese de día, por propia voluntad del difunto.

Elmer se detuvo y también lo hizo Dean Oven, y, en medio de aquel silencio, se oyó claramente el

tic-tac.

—Tienes razón —dijo Elmer y se acercó al ataúd—. Viene de aquí… Está claro. Al primo Donald lo dejaron con el reloj puesto…

—¿Y por qué no le quitamos el reloj?

—Dean, eso no se hace.

—No me refería a robarle —dijo Oven con énfasis porque había sido herido en su amor propio—. Quiero decir que le quitamos el reloj y luego se lo devolvemos al conde.

—No dejó dirección.

—Tú hablaste de un castillo en no sé dónde.

—En los Cárpatos, pero estaba bromeando. Y por si te sirve de algo, nunca pensé que fuese el conde Drácula.

—Elmer, es mal asunto ese de bromear porque ya nunca te podré tomar en serio.

—Es posible, pero las cosas que me pasan son para tomarlas a broma…

Había una mesita al fondo con un teléfono que era una extensión del principal.

Elmer apretó el botón, para poder llamar desde allí y marcó el dial.

—Eh, ¿a quién llamas? —preguntó Dean Oven.

—A mi chica.

Esperó unos segundos y en seguida oyó a la otra parte la voz de Peggy.

—Hola, Peggy… Soy Elmer.

—¡Elmer, qué sorpresa!

—Yo no podía dormir.

—Yo tampoco. Elmer. Te echo mucho de menos.

—Yo también, Peggy. Caramba, qué diálogo. Si se lo ofrecemos a los de Hollywood nos hacemos ricos.

Peggy se echó a reír.

—Elmer, tú sabes hablar muy bien cuando quieres.

—Yo tengo muchas dudas. Ya lo sabes, ni siquiera ahora que estoy hablando solo contigo puedo decir una frase fuera de lo normal. Sólo se me ocurren tonterías, Peggy.

—Yo nunca te he oído decir tonterías, Elmer. De modo que sólo es un complejo.

—¿Un qué?

—Un complejo.

—Eres demasiado amable, Peggy.

—Estoy deseando que llegue mañana para… —Luego ella agregó un par de palabras que Elmer no entendió.

—¿Para qué, Peggy?

—Para que nos veamos.

—Espera, Peggy, no te puedo oír bien por culpa de un reloj.

—No te entiendo.

—Es el reloj del muerto.

—A propósito del reloj, ¿qué hora es, Elmer?

Elmer consultó su reloj de pulsera.

—Faltan cinco minutos para las doce, Peggy.

—Continúa.

—Espera, Peggy, se me ha ocurrido silenciar un poco la habitación antes de que continuemos, o tendré que seguir preguntándote qué es lo que me dices.

Dejó el teléfono descolgado sobre la mesa y se fue hacia el ataúd junto al que continuaba Dean.

—¿Ya te decidiste, Elmer?

—Sí, le voy a quitar el reloj como tú dijiste… Anda, ayúdame a abrir la caja.

Elmer fue a la oficina y regresó con una llave maestra. Abrió la tapa de la caja.

Los dos se quedaron sin habla porque allí dentro no había ningún muerto. El ataúd contenía paquetes de cartuchos de dinamita y un artefacto parecido a un reloj y que era el que producía el

tic-tac.

—¡Sálvese quien pueda! —gritó Dean.

Elmer lo detuvo.

—Espera, Dean. Hemos de quitar eso.

—No podemos quitarlo. Mira qué hora señala la esfera.

—Las doce.

Los dos a una consultaron su reloj de pulsera.

—En el mío falta un minuto y sesenta segundos —dijo Dean.

—Vas adelantado, Dean. En el mío faltan tres minutos.

—Aunque falten tres minutos, no será tiempo suficiente para desarmar esto. Yo no lo entiendo, ¿y tú, Elmer?

—Yo tampoco.

—Entonces sólo podemos hacer una cosa… ¡Correr!

—Pero volará por los aires la funeraria…

—No hace falta que me lo jures, Elmer… Suéltame. El hijo de mi madre quiere tener una muerte honrada. Para eso trabajé en una empresa de pompas fúnebres.

Tendrás un entierro de primera categoría. Te lo prometo.

—Ah, bueno. Si es así… Pero ¿qué hacemos?

—Hay que retirar los cartuchos de dinamita.

—Explotarán.

—Eh, mira, hay algunos paquetes que no han sido unidos al cable. No les hacía falta puesto que volarían por simpatía —Elmer sacó dos paquetes de dinamita y se los dio a Dean—. Llévalos al cuarto de baño.

Dean cogió los paquetes con aprensión y se marchó.

—Vuelve de prisa, Dean.

Elmer sacó otros dos paquetes. Ya sólo quedaba uno, pero se dio cuenta de que éste no podría arrancarlo porque estaba unido al artilugio mecánico.

Dean volvió corriendo.

—Elmer, faltan sólo unos segundos.

—Ahora es cuando tenemos que echar a correr.

Los dos corrieron, llevando Elmer los dos últimos paquetes de cartuchos, y así salieron de la sala.

Apenas llegaron a la oficina, se produjo la explosión y las cortinas se levantaron impulsadas por la onda y por allí salió mucho polvo.

—¡Nos han estropeado la mejor sala! —gimió Dean.

—Bueno, la arreglaremos.

Los dos volvieron a entrar y se quedaron atónitos al contemplar el espectáculo. La explosión sólo había causado daños en el techo en donde se había producido un agujero. De éste salían pequeños papelitos que descendían lentamente hasta el suelo.

Dean se agachó y tomó uno de aquellos papelitos.

—¡Elmer, son billetes de Banco! ¡Éste es de cinco dólares!

Demonios, el ataúd del primo Donald estaba lleno de billetes.

—Recuerda que el ataúd estaba lleno de explosivos. Los billetes cayeron del techo.

—¿Eh?

—Ya lo has oído, del techo. Estaban escondidos ahí arriba. Sobrevino la explosión y empezó la lluvia.

Elmer empezó a coger billetes y Dean lo secundó.

—¡Dios, pero si aquí hay una fortuna! ¡Centenares…! —¡Miles de dólares!— exclamó Elmer. —¡Somos ricos! ¡Somos ricos, Dean…!

Dean parecía haberse vuelto loco. Cogía los billetes y los tiraba por encima de la cabeza.

—¡Me estoy duchando en billetes, Elmer! Es el mejor baño que me di en mi vida.

Por el teléfono descolgado llegaban gritos. Elmer se percató de ello y corrió hacia allí.

—¡Elmer! ¡Elmer! ¿Qué ha pasado?

—Hola, Peggy.

—¡Dios mío, oí una explosión…!

—Sí, Peggy, eso fue.

—¿Un escape de gas?

—No. Un escape de dinero… —¿Cómo?

—Ya te lo contaré mañana, Peggy… Ahora debo pensar.

—Sólo quiero que pienses en mí, Elmer.

—Claro que voy a pensar en ti y en la fuga.

—¿Qué fuga?

—En el escape… Anda, duerme, Peggy.

—Duerme tú también.

—Lo dudo mucho.

—Yo tampoco voy a dormir por tu culpa, de modo que tomaré somníferos. Te aconsejo que hagas lo mismo.

—Sí, Peggy.

Elmer colgó y al volver la cabeza vio que Dean se estaba revolcando entre los billetes mientras gritaba:

—Dinero, dinero, ¿dónde estuviste tanto tiempo que no te vi?

CAPÍTULO X

EL «Cadillac» se detuvo al lado de la funeraria, y el chofer uniformado abrió la portezuela trasera. De allí salieron los dos miembros de la Cosa Nostra, Johnny Celentano y Tom Wallace.

De la parte delantera, donde viajaba el chofer, salió el abogado Harry Cordell con su portafolios.

El abogado se limpió las lentes con un pañuelo:

—Deben de ser unas ruinas muy preciosas —dijo.

Sin embargo, Celentano y Wallace estaban con la boca abierta mirando el edificio que tenían delante.

—Eh, Tom, ¿no es ésta la funeraria?

—Yo no he venido nunca. Que lo diga el abogado.

Cordell ya había terminado de limpiarse las gafas y se las puso. Al ver tan bien el edificio completo, exclamó:

—Infiernos, con qué velocidad reconstruyen ahora…

—¡No seas estúpido, leguleyo! —gritó Celentano—. Ese edificio aparece sin el menor daño. No tiene ninguna resquebrajadura. ¿Y sabes lo que eso significa? ¡Que no hubo ninguna explosión!

Tom Wallace sonrió.

—Johnny, olvidas algo.

—¿Qué cosa?

—Que fueron tus hombres quienes se ocuparon de volar la funeraria…

Celentano fue a replicar, pero se quedó otra vez sin habla, y por último chilló:

—¡Vamos todos ahí dentro!

Los dos altos jerifaltes del crimen y del vicio entraron seguidos por el abogado.

En el mostrador de la oficina se encontraba Elmer Lutz leyendo un diario.

Harry Cordell lo señaló con el dedo.

—¡Ése es!

—Hola, señor Cordell —levantó la mirada Elmer—. Celebro que haya venido tan temprano.

—¿Por qué lo celebra?

—¿No lo recuerda? Yo debía pagarle cinco mil dólares.

—Oh, sí, ahora recuerdo que usted se convirtió en el hombre más inteligente de Los Ángeles.

—Perdone, de Estados Unidos —repuso Elmer con aire de falsa modestia.

Johnny Celentano y Tom Wallace estaban examinando a Elmer como si fuese mu bicho raro.

Elmer sacó los cinco mil dólares y los puso sobre el mostrador.

—Ahí tiene el dinero, abogado.

Cordell fue a coger el dinero, pero Elmer le pegó un carpetazo.

—Eh, no coja ese dinero hasta que no me entregue el recibo de Tom Wallace.

—Yo soy Tom Wallace.

—Tanto gusto, señor Wallace… Quería hacerle una pregunta. ¿Por qué le pidió prestados mi tío cinco mil dólares?

—Quizá para arreglarse la dentadura.

—Demonios. Se la debió poner de uranio.

—No pregunto nunca a mis clientes para qué quieren el dinero. Me basta con que me ofrezcan garantía para la devolución. Su tío tenía esta funeraria.

—De acuerdo, señor Wallace, el recibo y ahí tiene el dinero.

Cordell sacó el recibo del portafolios.

—¿Quiere firmar aquí, señor Wallace?

—Cómo no.

Johnny Celentano estaba observando a su alrededor y dijo cuando Wallace hubo firmado:

—Señor Lutz, tiene usted una funeraria muy mona…

—Gracias.

—¿No tiene ningún desperfecto?

—¿Desperfecto?

—Ya sabe, algunas veces estos edificios antiguos empiezan a resquebrajarse por efecto de cualquier cosa, por los efectos de una explosión de una bombona de butano que haya tenido lugar a cincuenta metros de distancia…

—¿Hubo una explosión de butano cerca de aquí?

—Era sólo un ejemplo, señor Lutz.

—No, amigo. Este edificio está la mar de bien. Bueno, sólo sufrimos un pequeño percance.

—¿A qué llama un pequeño percance?

—Nos la jugó un muerto.

—¿Qué?

—Al incinerar un cadáver, un tal primo Donald, se oyó como un cohete.

Johnny Celentano, Tom Wallace y Harry Cordell se quedaron de muestra al oír aquellas palabras.

—Soy Johnny Celentano —dijo el antiguo camionero y se apoyó en el mostrador, acercando su rostro al de Elmer.

—¿Exboxeador?

—No, no soy boxeador.

—Lo digo por la cara que pone.

—Soy un hombre de negocios.

—Bueno, es que ahora los hombres de negocios también ponen esa cara.

—Señor Lutz, quiero comprar esta funeraria.

—Lo siento, señor Celentano, pero ya le dije al abogado que no estaba en venta.

—Cordell le ofreció cinco mil dólares.

—Así es.

—Mi oferta es más elevada, señor Lutz.

—Sigo diciendo lo mismo, señor Celentano… La funeraria tiene muchos recuerdos familiares para mí. Ya sabe, aquí vivió mi tío Oscar… Pobre tío Oscar —Elmer sacó un pañuelo y se limpió los ojos que estaban arrasados en lágrimas—. Se murió por pescar una trucha… Mi tío se puso a pelear con la trucha, ¿y qué pasó? Que ganó la trucha —puso una mano en el hombro de Johnny—. Acepte un consejo, señor Celentano. No pesque.

—Diez mil dólares.

—¿Qué?

—He dicho que le doy diez mil dólares por su funeraria. —No está en venta, señor Celentano.

—Quince mil.

—Mire, le voy a dar otro consejo, señor Celentano. —¡Basta ya

de consejos! ¡Ponga usted el precio!

—Si yo le pidiese a usted veinticinco mil dólares, creería que estoy loco.

—Trato hecho.

—¿Cómo?

—He dicho que, por veinticinco mil dólares, trato hecho.

—¡Oh, no!

—¿Es qué se va a volver atrás ahora? Señor Lutz, creo que usted también se va a pescar la trucha…

—No me gusta la pesca.

—Entonces se irá a cazar. ¿Ya sabe lo que pasará? —Que el cañón de la escopeta dará la vuelta y me pegaré yo el tiro.

—O que otro cazador lo pueda confundir con una pieza. Acepte los veinticinco mil dólares y disfrútelos con salud. —Bueno, si usted se empeña…

—Abogado —dijo Celentano—. ¿Trajo la escritura?

—Sí, señor.

—Abogado —dijo Elmer—, ¿trajo los veinticinco mil dólares?

—No, señor.

—Entonces no hay venta.

Celentano apretó los dientes.

—Le haré un cheque.

—Nada de cheques. Quiero el dinero en efectivo.

—Cordell, ¿hay un Banco cerca de aquí?

—Sí, a la vuelta de la esquina.

—Traiga los veinticinco mil dólares… Y le doy cinco minutos para que regrese…

—¡Sí, señor, ahora mismo! —dijo el abogado y salió disparado de la funeraria.

—Con permiso —dijo Elmer y se fue hacia la escalera y gritó hacia arriba—: ¡Dean…!

—¿Qué pasa, Elmer? —le respondió la voz de su empleado.

—Prepara tu maleta y la mía. Nos vamos.

—¿Adónde?

—Para siempre. Acabo de vender la funeraria.

—Sí, señor. En seguida preparo las maletas.

Johnny Celentano y Tom Wallace empezaron a pasear en dirección opuesta, cruzándose a mitad de camino.

—¿Puedo hacer una pregunta? —dijo Elmer.

Los dos se detuvieron a un tiempo y chocaron. Después de recuperar el equilibrio, Johnny y Tom levantaron la barbilla.

—Hágala, señor Lutz —dijeron los dos al mismo tiempo.

—¿Tienen ustedes una asociación de funerarias?

—Sí. Eso es —contestó Celentano.

—Si tienen tantas funerarias, ¿para qué quieren la mía? ¿No saben que hay una ley contra los monopolios?

—Esto no es un monopolio, señor Lutz. Se trata de una sociedad legal. Al tener más funerarias podemos dar mejor servicio… Tenemos un lema que el público ha encontrado muy aceptable… «Muérase y el resto es cosa nuestra».

Tom Wallace oyó aquello y se echó a reír, primero con suavidad y luego más fuerte.

—Eh, Johnny, eso estuvo bien… Cosa nuestra… Cosa nuestra…

Johnny Celentano también se puso a reír mientras repetía:

—¡Cosa nuestra…! ¡Cosa nuestra…!

Elmer no comprendía el chiste, pero también rió.

De pronto Celentano y Wallace quedaron muy serios.

—Eh, ¿de qué se ríe, señor Lutz? —preguntó Johnny.

—¿No hicieron un chiste? Yo también tengo derecho a encontrarlo gracioso.

En aquel momento, Cordell entró trotando como un caballo.

—¡Aquí está el dinero! ¡Aquí está! ¡Sólo tardé cuatro minutos y treinta segundos!

Puso sobre el tablero los paquetes de billetes.

—¿Están los veinticinco mil dólares? —preguntó Elmer.

—Puede contarlos si gusta.

—Los contaré porque no me fío de usted.

El abogado se puso rojo como una cereza, pero dio un suspiro y sacó la escritura de venta.

Elmer terminó de contar el dinero y dijo:

—Sí, hay veinticinco mil dólares.

—Firme aquí.

Elmer cogió la pluma y firmó donde le indicaba Cordell.

—Ahora usted, señor Celentano.

El excamionero también firmó.

Elmer guardó el dinero en el bolsillo y se volvió de nuevo hacia

la escalera.

—¡Dean!

—¡Aquí estoy!

El viejo empleado de la funeraria apareció portando dos maletas, una en cada mano.

—Listo, Elmer. Cuando quieras.

—Vámonos.

Elmer salió del mostrador, y tras dar unos pasos, se detuvo y miró a su alrededor.

—Voy a echar de menos el negocio de mi tío. ¿Me permitirán que les visite de vez en cuando, señor Celentano?

—Sí, pero no venga dentro de una caja —contestó Johnny y soltó una carcajada.

—Oh, sí, es verdad… —dijo Elmer—. A partir de ahora, el funeral será cosa de ustedes… Y ya pueden reírse otra vez.

Wallace y Celentano rieron a mandíbula batiente y, el abogado, para no ser menos, se unió al jolgorio.

Elmer y Dean abandonaron la funeraria.

Tom Wallace pegó unas palmadas en la espalda de su amigo.

—¡Johnny, lo conseguimos! ¡Y ése es el hombre más inteligente de los Estados Unidos! ¡Le cambiamos veinticinco mil dólares por medio millón!

Celentano reía de tal forma que las lágrimas le caían por las mejillas. Al fin dijo:

—Tengo preparados a los muchachos. Traerán taladros y excavadoras, todo lo necesario.

Cogió el teléfono y marcó en el dial:

—Eh, Jim… Aquí Johnny… El negocio ya está hecho… Trae esa brigada contigo… Con todas las herramientas y las máquinas… Echaremos abajo la funeraria si es preciso…

Tom Wallace había desaparecido en el interior de la funeraria, y ahora regresó muy excitado.

—¡Eh, Johnny, ven aquí! ¡Rápido!

Johnny lo siguió y también fue con ellos el abogado.

Pasaron de largo por la primera sala y se detuvieron en la segunda.

Tom Wallace señaló un agujero en el techo.

—Mira eso, Johnny.

Abajo, el catafalco estaba hecho pedazos.

—¡La explosión! —exclamó Celentano.

—Sí, Johnny, no fue un cohete como dijo Elmer Lutz…

—Pero ¿qué clase de dinamita pusieron esos imbéciles?

El abogado Cordell se acercó al agujero. Estaba mirando arriba cuando vio que caía un papel. Lo cazó al aire.

—Eh, miren esto.

—¿Qué pasa, Cordell?

—Es un billete de cinco dólares y ha caído de arriba.

Los dos altos jefes de la Cosa Nostra corrieron hacia Cordell.

Celentano arrebató el billete de manos de Cordell y lo examinó por un lado y por otro.

—¡Arriba, abogado!

—¿Cómo?

—Que te subas arriba, sobre mis hombros. Debe de haber muchos más billetes.

El abogado se resistió, pero Wallace y Celentano lo levantaron a la fuerza.

Cordell miró a un lado y a otro, con las manos metidas en el agujero. Al fin, mostró un segundo billete.

—Otro de cinco dólares.

—¡Saca los demás! —gritó Johnny.

—No hay ninguno más.

—¡No puede ser!

—Se lo juro, señor Celentano. He mirado bien.

Celentano y Wallace no se pusieron de acuerdo para bajar a Cordell y lo soltaron al mismo tiempo.

El abogado cayó soltando un aullido y se estrelló en el suelo.

Celentano estaba haciendo rechinar los dientes.

—¡Ese maldito…! ¡Ese puerco…!

—Ahora sí que ha probado ser el más inteligente de Estados Unidos y yo diría del mundo —repuso Tom Wallace—. Se llevó medio millón y nos vendió una funeraria con un agujero por veinticinco mil dólares.

—Elmer Lutz tendrá dentro de poco más agujeros que un queso gruyere. Te lo jura Johnny Celentano.

CAPÍTULO XI

El profesor Giles Murray y Peggy vieron el contenido de la maleta y se quedaron estupefactos.

Elmer y el viejo Dean se columpiaban sobre los pies, sonriendo satisfechos.

Peggy cogió un montón de billetes.

—¿Qué carrera acertasteis, Elmer?

—No acerté ningún potro. Estaban escondidos en el techo de la segunda sala de la funeraria. Se ve que mi tío era muy ahorrativo… Ya sabes, hay personas así. Algunos esconden los ahorros debajo de un ladrillo, pero mi tío era muy original y los escondió en la parte de arriba. ¿No es verdad, Dean?

—Seguro.

Peggy sacudió la cabeza.

—No, Elmer, no puede ser… ¿Cómo iba a ahorrar medio millón de dólares tu tío?

—¿No conoces la fábula de la cigarra y la hormiga?

—Claro que la conozco.

—Pues eso era mi tío, una hormiga. Ahí lo tienes todo explicado…

—Pues menudas pinzas debía de tener para atrapar tantos billetes… ¡Eso es, pinzas! ¡Y con ellas se puede llegar a un Banco…!

—Eh, Peggy, ¿estás pensando que mi tío era un salteador? Dean, ¿qué tienes que decir a eso?

—Oscar Ketchum era la persona más buena del mundo. No podía ser un salteador.

Elmer arrugó el ceño y señaló a Dean.

—¿Y tú, abuelo?

—Elmer, te prohíbo que pongas en tela de juicio mi honradez. Yo también he sido una buena persona… Por eso congenié con tu tío. El y yo nos llevamos muy bien.

—Ya lo has oído, Peggy. Mi tío Oscar y Dean formaban la mejor sociedad de tipos honrados.

Dean carraspeó.

—Pero no se puede decir lo mismo de Davie Drawn.

—¿Davie Drawn?

—Un empleado que tuvo tu tío. Sólo estuvo con nosotros un par de meses.

—¿Qué pasa con Davie Drawn?

Dean se rascó detrás de una oreja.

—Desapareció en unas circunstancias muy extrañas.

—¿Qué circunstancias?

—Se hizo humo un par de días después que… —El viejo Dean se interrumpió.

—Suéltalo —lo apremió Elmer.

Dean continuó con voz débil:

—Después que asaltaron el Banco más próximo a la funeraria…

Elmer se apoyó en la mesa porque se sintió desfallecer.

—¿Cuánto se llevaron, Dean?

—No lo quiero decir.

—Yo lo diré por ti, Dean… Se llevaron medio millón de dólares.

Todos estaban mirando al viejo Oven y éste movió la cabeza de arriba abajo.

Peggy exhaló el aire de sus pulmones.

—Bueno, ahora está todo claro.

Dean habló compungido.

—No lo recordé antes porque estaba demasiado entusiasmado, Elmer. Perdona.

—No tiene importancia. Al fin y al cabo, hice un buen negocio. Recuerda, vendimos la funeraria por veinticinco mil dólares…

Elmer pegó un salto.

—¡Peggy, tenemos que irnos a Australia!

—¿Qué se nos perdió allí?

—No, a Australia no, a Nueva Guinea.

—Allí hay cazadores de cabezas…

—Pero con un poco de suerte nos libraremos de ellos, Peggy…

—¿Qué te pasa, Elmer?

—Que vendí la funeraria a los dos tipejos que se interesaban por recuperar el medio millón… Yo tampoco lo pensé hasta ahora… Esa

gente dijo que quería la funeraria para su asociación de funerarias. Por eso nos llevaron al primo Donald, que luego resultó no ser el primo Donald, sino un montón de cartuchos de dinamita.

—Serénate, Elmer.

—No puedo serenarme hasta llegar a Nueva Zelanda.

—Dijiste Nueva Guinea —le corrigió Dean.

—¿Qué más da…? Cuanto más lejos mejor…

—Entonces vamos a Cabo Kennedy y que nos disparen hacia la Luna.

Peggy pegó una patadita en el suelo.

—¡Silencio!

Los dos cómplices en el hallazgo del medio millón se callaron y la muchacha prosiguió:

—Habéis olvidado algo muy importante.

—¿Qué cosa?

—La policía.

Dean sacudió la cabeza y exclamó:

—Sí, Elmer, es una buena idea. Confesaremos que somos los salteadores del Banco y nos encerrarán por veinte años. ¡Estaremos seguros!

—No quiero ir a la cárcel… Quiero casarme con Peggy…

La joven intervino otra vez:

—No tendréis que ir a la cárcel, puesto que vosotros no fuisteis los ladrones. Me refiero a que entregaréis el dinero a la policía y les explicaréis lo que pasó.

El profesor Murray, que había escuchado todo, dijo:

—Peggy está en lo cierto. Es la única solución.

—Está bien, Peggy —asintió Elmer, y miró con tristeza el dinero —. Adiós, medio millón. Siempre te recordaré con cariño.

Fue hacia una mesa y descolgó el teléfono. Empezó a marcar, pero oyó una voz a su espalda.

—Suelta ese teléfono o te dejo sin cabeza.

Elmer dejó de marcar y miró hacia el lugar de donde venía la voz.

Era Lee Barton, Cara de Búho, y manejaba una pistola.

—Caramba. ¿Qué tal va tu úlcera, muchacho? —preguntó Elmer.

—Regular.

—Entiendo. Vienes a anunciarme que de un momento a otro necesitarás el ataúd que contrataste.

—El ataúd lo necesitarás tú, Elmer.

Por detrás de Lee apareció Jack Cook, Cara de Perro. También tenía una pistola en la mano.

—Vaya, aquí tenemos al hombre más inteligente de Estados Unidos. Qué honor, ¿verdad, Lee?

—Sí, mucho.

—Muchachos —repuso Elmer—, precisamente estoy haciendo una llamada.

—¿Adónde?

—Al concurso que se celebra en París.

—¿Qué concurso?

—Tengo que ir allí representando al hombre más inteligente de Estados Unidos… Con permiso —Elmer continuó marcando el número de la policía.

—Cuelga el teléfono o ahí va la bala —dijo Jack.

Elmer colgó muy rápido, porque no quiso ver la bala.

Peggy se acercó furiosa.

—Eh, ustedes, ¿no saben que aquí no se puede entrar de esa forma?

—¿De qué forma?

—Con pistola.

—¿Y por qué no?

—Porque éste es un laboratorio científico… ¿No es verdad, doctor Murray?

El profesor se aproximó también dando saltitos.

—Caballeros, si me lo permiten, haré un experimento con ustedes.

—¿Un experimento?

—Sí. Tenía ganas de recibir la visita de dos caballeros como ustedes. Tienen todas las características del asesino nato… Su prognatismo, sus arcos ciliares y el pigmento de su esclerótica lo indican bien a las claras.

—Oiga, profe —dijo Jack Cook—, si vuelve a soltarnos un insulto, le meto los dientes en el cogote.

Peggy gritó:

—¡No tienen derecho a hablar así al profesor Murray!

—Tú a callar, nena, o aquí va a ocurrir una masacre que ocupará tres páginas en un diario… ¡Todo el mundo quieto y contra la pared! Al que se mueva, lo aso sin necesidad de ponerlo en la plancha… Vamos, muévanse.

El viejo Dean fue el primero en arrimarse a la pared, pero lo imitaron el profesor, Peggy y Elmer.

—Anda, Lee —dijo Jack—, avisa a los jefazos que ya cazamos al muchacho, y que tenemos derecho a los diez mil dólares de recompensa.

Elmer se volvió.

—Doy veinte mil.

—¿Por qué?

—Porque nos dejéis libres.

—Esto no es una subasta.

—Veinticinco mil dólares son más que quince mil.

—Dijiste veinte.

—Creí que había dicho treinta.

Lee Barton intervino:

—Eh, Jack, nos puede ofrecer hasta medio millón. ¿Es que no te diste cuenta de que está subastando con un dinero que no es suyo?

—Dios mío, es cierto… Otra vez ha estado a punto de pegármela.

—Recuerda lo que te dije. No podemos hablar con él.

Elmer pegó una palmada en una estantería que tenía delante, donde había muchos frascos, y exclamó:

—Es vuestro el medio millón de dólares… ¿Quién da más a la una…? ¿Quién da más a las dos…? —Dio otro golpe a la estantería —. ¡Nadie da más a las tres…!

Los dos esbirros se habían quedado hechos un lío y Elmer echó a andar diciendo:

—Vamos, chicos. Ya nos podemos ir.

Sus tres compañeros fueron a seguirle, pero Jack gritó con todas sus fuerzas:

—¡Si dan un paso más, fuego con ellos, Lee!

Las cuatro personas se detuvieron instantáneamente, y uno de ellos, Dean, se quedó con una pierna en el aire.

—¡Otra vez contra la pared! —ordenó Jack.

De nuevo, los cuatro prisioneros fueron junto a las estanterías.

—Lee, habla de una vez con los jefes.

—Sí, ahora mismo.

Lee marcó en el dial y habló por el teléfono:

—¿Señor Wallace…? Aquí Lee. Estoy con Jack… Sí, los dos juntos… Lo atrapamos, señor Wallace… En la Universidad… En el laboratorio del profesor Murray… También cogimos al otro empleado de la funeraria, al profesor y a una chica llamada Peggy, la novia de Elmer… No, señor Wallace, no está toda la Universidad aquí. Algunos quedaron fuera… ¿Qué viene ahora? Sí, señor, no se escaparán…

CAPÍTULO XII

Peggy dijo con un gemido:

—Oh, Elmer, nuestra historia va a acabar como Romeo y Julieta… Los dos murieron.

—Peggy, yo interpreté una vez a Romeo, fue en una representación que se hizo en mi pueblo, y te aseguro que no morí… ¿Lo ves? Estoy vivo…

—Gracias por darme ánimos.

De pronto se oyeron unos chillidos.

Jack y Lee se revolvieron con la pistola y arrugaron el ceño al ver de dónde salían los chillidos. De un mono.

Era «Napoleón», el cuadrumano con el que el profesor Murray estaba experimentando.

El mono vio el cuadro que se ofrecía a sus ojos y empezó a ponerse nervioso. Saltó de un lado a otro dando chillidos.

—Eh, Jack, no me gustan los monos.

—A mí tampoco. Cárgatelo.

—¡No pueden hacer eso! —gritó el profesor—. ¡Es como un hijo para mí…!

—Lo siento, profesor, pero el mono se queda sin padre.

Peggy intervino:

—¿Qué clase de salvajes son ustedes? ¿Cómo pueden matar a un animal que no les ha hecho ningún daño?

—No nos hace ningún daño, pero no nos gustan sus chillidos.

A Elmer se le ocurrió una idea.

—Es la hora del desayuno. Si me dejan que lo alimente, se calmará en seguida.

Jack y Lee se consultaron con la mirada y el primero dijo:

—Está bien, Elmer. Puedes darle su almuerzo, pero si después, de eso sigue chillando, me lo cargo sin contemplaciones.

—Gracias. Eres muy gentil. —Elmer miró al profesor y le habló

por la comisura de la boca—. El mejunje.

—¿Eh?

—El mejunje que sirve para hablar. ¿No le queda algo?

—Sí. Está en la tercera mesa. Es la botella con la etiqueta que dice: «Para "Napoleoncito"».

Elmer se marchó hacia aquella mesa y encontró pronto el frasco.

Jack lo había seguido apuntándole con la pistola.

—¿Qué es eso, Elmer?

—Alimento especial con vitaminas.

Recordó lo que había pasado cuando «Napoleón» habló. Al tropezar se había mezclado el café con leche con el mejunje.

Tuvo suerte, vio un tazón de café con leche, aunque debía de estar muy frío. Abrió el frasco y volcó el mejunje en el tazón.

—«Napoleón» —llamó al mono.

El animal seguía dando chillidos, pero subió a su silla de bebé.

—Aquí tienes tu desayuno, «Napoleón».

El mono, como la otra vez, cogió el tazón y bebió su contenido de una sola vez.

Luego Elmer puso el tazón vacío en la mesa y se encaminó de nuevo hacia la pared.

Jack se había vuelto a unir a Lee.

—¿Dónde está el dinero, Elmer?

—Al fondo, en una de las maletas —contestó Lutz.

—Anda, Jack, ve a por él.

Cara de Perro se marchó y encontró la maleta en el suelo repleta de billetes.

—Esto es fantástico, Lee.

—Tráela para que yo la vea.

Jack cogió la maleta y la llevó para que Lee la viera.

Cara de Búho lanzó un silbido y dijo:

—Demonios, esto es lo que yo llamo un buen botín. ¿Te imaginas lo que podríamos hacer los dos juntos en Miami con un par de chicas?

—Aquí nadie se va a llevar el medio millón. Es mío.

—Eh, Jack, no me gusta que digas eso.

—Lee, yo no he hablado. Has sido tú.

—Será mejor que lo dejemos.

—Sí, será mejor.

Los dos hombres volvieron a mirar los billetes. Estaban un poco lejos de Elmer, pero éste no podía hacer nada porque Jack y lee continuaban con el revólver en la mano.

—Lee, eres un puerco.

—¿Qué dices, Jack?

—No he dicho nada.

—Te he oído decir: Lee, eres un puerco.

De pronto oyeron otra vez aquella voz por la espalda.

—Los dos con las manos arriba, y al que se mueva le doy con el plátano. Levanten las manos —dijo la voz.

—Eh, ¿quién es? —dijo Jack mirando a los cuatro prisioneros—. No falta ninguno.

Elmer ya estaba corriendo hacia los dos matones mientras decía:

—Os están amenazando con una pistola. No hagáis nada o sois hombres muertos.

Jack y Lee siguieron como estatuas y Elmer los despojó del arma.

Entonces, los matones se volvieron y quedaron atónitos al ver que encima de la mesa estaba el mono, quien manejaba un plátano con la mano derecha.

Jack se restregó los ojos.

—Eh, Lee, ¿quién habló?

—Está claro, Jack. Elmer Lutz debe ser ventrílocuo.

—¡Nos tomó otra vez el pelo!

—No, muchachos —sonrió Elmer—. No fui yo, sino «Napoleón».

—¿Te refieres al mono?

—Sí.

—Entiendo. No es un mono. Es un enano… Maldita sea. Debimos tenerlo en cuenta… Dile que se quite la piel.

El mono soltó una carcajada y dijo:

—No sé para qué me ha hecho hablar, profesor. Estos humanos sólo saben decir estupideces.

Jack y Lee se asombraron más, pero el profesor estaba más admirado que los dos matones.

—¡Elmer, lo conseguiste! ¡Es verdad! ¡«Napoleón» está hablando!

Peggy corrió hacia el mono.

—«Napoleón», eres maravilloso…

—Gracias, Peggy. Lástima que estés ya comprometida con Elmer.

«Napoleón» echó a correr por la mesa, pero tropezó con unas probetas.

El profesor gritó:

—¡Cuidado, otra explosión!

Efectivamente se produjo la explosión.

Nadie sufrió daño. Pero el mono apareció colgado de la lámpara.

—«Napoleón», ¿por qué no tienes más cuidado? —dijo Elmer.

El mono se puso a dar chillidos desde la lámpara.

—Profesor, otra vez se le paralizaron las cuerdas vocales. Tendrá que ponerlo en tratamiento para curarle el miedo o nunca llegará al Senado…

Por detrás de Elmer, Peggy lanzó un grito.

El joven se volvió con el revólver en la mano, pero no pudo disparar. Tom Wallace había atrapado a la joven y se servía de ella como escudo.

—Tira esa arma, Elmer.

Lutz rezongó.

—Otra vez en poder de los malos…

Dejó caer el arma y Tom Wallace empujó a Peggy.

—Ya podéis entrar, muchachos.

Entraron otros dos hombres que empuñaban pistolas.

Tom Wallace se acercó a Jack y Lee y les pegó sendas patadas en el estómago.

—Sois un par de imbéciles —dijo Tom Wallace—. Debería patearos.

—Ya nos está pateando, jefe.

—Con herraduras.

Elmer intervino:

—Eh, Wallace, acerquémonos al hipódromo de San Valentín. Está por empezar la tercera carrera… Seguro que usted y yo ganamos. Yo arriba y usted abajo.

—¿Fue un chiste, Elmer…? Oh, sí, claro, tú eres el hombre más inteligente de Estados Unidos, y se supone que también eres el más gracioso… Pero no vamos a ir al hipódromo de San Valentín. No, muchacho.

—Jefe —dijo Jack—, no lo diga en voz muy alta porque Elmer

hará hablar al mono.

—¿Qué mono?

—Un mono que habla.

—¡Qué par de imbéciles! ¿Cómo puede hablar un mono?

—Lo oímos nosotros.

—Otra trampa de Elmer.

—¡No, jefe, le juro que no fue una trampa! Nosotros vimos al mono y, si tiene alguna duda, mire allí arriba.

Wallace descubrió al mono en la lámpara, y dijo:

—Conque habla, ¿eh?

—Sí, jefe, se lo juramos, ¿verdad, Lee?

—Yo también lo juro.

Wallace soltó una risotada y se dirigió al mono.

—Eh, tú, ¿es verdad lo que dicen éstos?

El mono le contestó con chillidos.

Wallace rió otra vez.

—Conque el mono hablaba… Enteraos de esto. Si ese mono es capaz de hablar, me tiro por la ventana…

—Vaya, esto es mucho más interesante que el mono… —¿Está el medio millón, Jack?

—No lo hemos contado, pero, teniendo en cuenta el bulto que hace, sólo deben faltar los dos billetes de a cinco que ustedes encontraron en la funeraria.

—Bien, chicos. Johnny Celentano está a punto de llegar. Quiero hacerle un buen recibimiento.

—¿Por qué no traemos champaña y lo celebramos con Johnny Celentano y sus muchachos?

—Eres un imbécil, Jack. ¿Todavía no me has comprendido? Johnny Celentano y yo no vamos a beber champaña, ni tampoco vosotros y sus muchachos vais a confraternizar. Estoy harto de Johnny Celentano y ésta es la oportunidad para deshacerme de él…

—¿Por qué, jefe?

—Es la mar de sencillo. Johnny Celentano quiere ser el jefe ejecutivo de la Cosa Nostra. El puesto va a quedar vacante porque el que lo tiene actualmente va a ser jubilado por la edad. Ya cumplió setenta y cinco años. Y ese cargo me corresponde a mí. ¿Lo entiendes, Jack? ¡A mí solo, a Tom Wallace…! Por eso, cuando llegue Johnny Celentano, lo vamos a obsequiar con una buena

ración de lo que duele.

CAPÍTULO XIII

—Señor Wallace —dijo Elmer—, ya tiene el medio millón y a nosotros no nos gusta ver correr la sangre.

—¿Y qué más?

—Que nos vamos.

—Eres aprensivo, ¿eh, Elmer?

—Hablo por la chica y por el profesor, que es todo un sabio.

—Y también por el empleado de tu funeraria, ¿verdad, Elmer? Nunca ha visto un muerto —Wallace soltó una risita—. Aquí no se mueve nadie…

—Va a cometer un error.

—¿Tú crees, Elmer?

—Está usted en una Universidad.

—Vaya, no lo sabía, a pesar de que vi ahí fuera algunos centenares de estudiantes.

—Lo que quiero decirle es que este edificio es como un templo sagrado en donde se inculca la sabiduría a las nuevas generaciones, en donde hombres dedicados a la docencia enseñan a las personas a ser decentes…

—Bravo, muchacho. Me has emocionado.

—Estupendo. Ya suponía que también usted tendría su corazoncito… Vamos, Peggy, el señor Wallace nos autoriza a abandonar el laboratorio.

—¡No he autorizado nada! —repuso Tom—. Sólo me estaba burlando del hombre más inteligente de Estados Unidos… Es lo que yo me pregunto. ¿Cómo pudiste contestar a aquel imbécil del quesito, otro quesito y me quedo con apetito?

—¿Quiere que le diga el secreto?

—Sí, debe de ser interesante.

—El profesor Murray ha inventado una máquina que le convierte a uno en un sabio tan grande como Salomón.

—Otro experimento como el del mono, ¿eh?

Jack intervino:

—Oiga, jefe, lo del mono es verdad, y seguro que también lo es lo de la máquina.

—Jack, ¿quieres que te rompa la boca?

—No, señor.

—Entonces, ciérrala y no la abras hasta que yo te diga que la abras.

—Sí, señor. Como usted ordene.

Tom Wallace miró al profesor.

—Inventó eso, ¿eh, profesor? La forma de ser el más sabio.

—No tengo el menor interés en que usted lo experimente… Es un bandido, y si mi máquina le trasmitiese a usted todos los conocimientos del mundo, se convertiría en el hombre más poderoso de la tierra.

Wallace miró al profesor fijamente.

—Conque quiere usted evitar eso, ¿eh, profesor?

—Sí.

—Muy bien. Vamos a ver esa máquina —se dirigió a los hombres que habían venido con él—. Chicos, quedaos ahí y no apartad el dedo del gatillo… Cuidado con la llegada de Johnny. Somos nosotros los que debemos sorprenderlos a ellos. ¿Está claro?

Los dos gángsters sacudieron la cabeza en sentido afirmativo y entonces Wallace hizo un gesto con la pistola.

—Vamos todos nosotros a ver esa máquina… Jack, Lee, seguidnos y vigilad a estos muchachos.

Fueron a la habitación en donde se encontraba la máquina y el profesor apartó las cortinas.

Jack exclamó:

—¿No se lo dije, jefe? ¿Ve cómo existe la máquina?

—No seas idiota; Esta máquina puede servir para hacer café… Pero de todas formas, como el profesor Murray es muy amable, nos hará una demostración.

—Le he dicho que no haré la demostración —repuso Murray.

—¡La hará o le levanto los sesos! Pero no se preocupe, profesor, no hará el experimento conmigo. Lo hará con Jack.

—¡No! —gritó empavorecido.

—Vamos, Jack, estabas muy seguro de que el profesor no miente

en nada. El mono que habla, la máquina que transmite sabiduría… Te vas a sentar en esa silla, ¿no es eso, profesor?

—Sí, ha de sentarse en la silla.

—¡Por lo que más quiera, jefe! —gritó Jack—. Pídame lo que quiera, pero no me obligue a sentarme en esa silla… No sé leer ni escribir, pero eso no es necesario para manejar la pistola. Recuerde los grandes servicios que le he prestado, señor Wallace.

—¡A la silla, Jack, o te meto la bala!

Jack guardó el arma en el bolsillo y ocupó la silla.

—Adelante, profesor —sonrió Wallace divertido.

Murray miró a Elmer y, al ver que éste le hacía un gesto afirmativo con la cabeza, aseguró las piernas y los tobillos de Jack y, por último, le puso el casquete en la cabeza.

—Relájese, Jack —dijo el profesor.

—¿Cómo quiere que me relaje si me va a freír?

Wallace levantó la pistola apuntando entre los dos ojos de Jack.

—¿Te relajas o te relajo yo, Jack?

—¡Me relajo yo!

—Eso suponía… Adelante, profesor.

Murray bajó la primera palanca y Jack sufrió dos fuertes sacudidas.

Lee gritó:

—¡Lo está asando! ¡Lo está asando! ¡Me lo voy a cargar, profesor!

—No seas estúpido, Lee —intervino Elmer—. Tu compañero va a salir de aquí sabiendo más que todos los profesores de la Universidad juntos.

Lee contuvo sus ímpetus y entonces Murray bajó la otra palanca.

Jack sufrió otras dos sacudidas y se quedó inmóvil, desvanecido.

Lee volvió a gritar:

—¡Lo terminó de asar! ¡Señor Wallace, déjeme que dispare!

—Volverá en sí en unos instantes —contestó Murray, y dejó libre a Jack.

Éste se movió y abrió los ojos parpadeando mucho. Por último se levantó, desparramó la mirada a su alrededor, y sus labios esbozaron una sonrisa.

—Jefe, el otro día estaba haciendo un crucigrama y lo interrumpió porque no supo dar con un filósofo alejandrino nacido

en Nicópolis, Egipto… Ahora le diré quién era ese tipo… Se llamaba Plotino y murió en Minfurna y, si quiere saber algo de lo que hizo, le diré que en Roma fundó una escuela de filosofía. Transformó el sistema platónico en una cosmovisión religiosa y mística que ha perdurado hasta nuestros días. Sus lecciones fueron coleccionadas por Porfirio en seis eneadas, o sea grupos de nueve capítulos…

Lee se tambaleo.

—¡Infiernos, jefe, es el más sabio de todos…! ¡Viva el nuevo jefe…!

—¡Viva! —dijo Tom Wallace y apretó el gatillo dos veces—. Pero no puede ser más sabio que yo.

Jack recibió los dos pildorazos y volvió a sentarse en la silla.

Se estaba muriendo y, dirigiendo una mirada a Tom Wallace dijo:

—¡Tu quoque, Brutus fili!

—¿Qué es lo que dice, jefe? —preguntó Lee.

—Se estará metiendo con mi padre.

—No, señor Wallace —dijo el profesor—. Jack le está dirigiendo las palabras que Julio César dirigió a Bruto cuando lo mató, y quiere decir: Tú también, Bruto, hijo mío.

—No soy su hijo.

Una voz dijo:

—Yo te diré lo que tú eres, un hijo de perra.

Era Johnny Celentano.

Wallace se volvió como una centella, pero no usó el arma porque Celentano esgrimía una metralleta, que era más poderosa.

—Johnny, ¿cómo has podido llegar hasta aquí?

—Es la mar de sencillo. Ya había comprado a tus hombres — aparecieron los dos tipos que Wallace había dejado fuera—. Me imaginé que no te conformarías conque yo fuese el nuevo presidente de nuestra organización y tomé las precauciones para convencerte, Tom.

—¿Y cómo me vas a convencer?

—De la mejor forma. Atándote una piedra al cuello y arrojándote al mar. Pero antes te voy a meter unas balas en el cuerpo para que lleves bastante peso.

—¡Johnny, no puedes hacer eso conmigo…! ¡He descubierto algo sensacional…! ¡Algo que no podrías creer!

—¿Qué cosa?

—Esa máquina, Johnny. Tiene toda la sabiduría del mundo.

—Cuidado, muchachos, trata de distraernos.

—Te juro que es cierto, Johnny… Es un invento del profesor Murray y lo experimentó con Jack… Tendrías que haberlo oído como lo oí yo. A Jack le pegaron unos cuantos voltios y se levantó de ahí sabiendo más que Peter el Largo, ya sabes, el que se escapó seis veces del presidio.

—Cuentos.

—¡Te juro que es cierto, Johnny!

—¡Duro y a ellos, chicos!

Elmer saltó sobre la silla donde estaba Jack y se apoderó de la pistola que el muerto tenía en el bolsillo.

Peggy y Dean se dejaron caer en el suelo pegando chillidos.

El profesor tuvo una idea. Movió la palanca u del cuerpo de Jack empezaron a saltar fogonazos, porque ahora estaba muerto.

Aquellos fogonazos soliviantaron un poco a los gángsters que se enfrentaban. No obstante, Johnny Celentano metió dos plomos en el cuerpo de Wallace y éste ya tuvo bastante para doblarse.

Elmer apretó el gatillo, uniendo los estampidos de su pistola al coro general. Obtuvo unos resultados muy halagüeños, ya que Johnny Celentano retrocedió impulsado por una fuerza que le era extraña, la de los impactos que estaba recibiendo.

Los dos matones que se habían pasado de bando estaban convirtiendo a Lee en un colador, pero éste, antes de morir, se cargó a uno de ellos.

El otro quedó vivo, pero sólo duró así unos diez segundos, el tiempo que tardó Elmer en incrustarle un proyectil en la cabeza.

Peggy se puso en pie y, al ver los cadáveres que había a su alrededor, soltó un gritito y se desmayó, pero fue a caer en blando, en los brazos de Elmer Lutz.

Elmer Lutz recibió el diez por ciento de la recompensa por la devolución del medio millón de dólares al Banco que había sufrido el asalto, premio que repartió con Dean y con el profesor Murray, el cual continuó sus experimentos.

Peggy logró el premio mayor, puesto que, tres días más tarde, se casó con Elmer. Compraron una granja, en donde hoy día producen las mejores gallinas y huevos de California. En su trabajo les ayuda

«Napoleón», aunque nunca ha recuperado el habla.

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso que a través dé sus relatos llenos de fuerza y colorido, ha sabido prestar nueva vida a los esforzados personajes que forjaron la leyenda del viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

8b

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.